

GUILLERMO H. ORTIZ

EL MOCO VENGADOR



El Moco Vengador



© Guillermo H. Ortíz, 2020

Edición

Marco Antonio Gabriel García

edicioneselviaje@gmail.com

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrita del autor.

EDITADO Y HECHO EN MÉXICO

El Moco Vengador

de Guillermo H. Ortiz

Te anudabas la máscara,
capitán de todas nuestras
esperanzas,
y el mundo era seguro.
Elogio de El Santo
de OSCAR CORTÉS TAPIA

Cuando dejo ir lo que soy, me
convierto en lo que debería ser.
LAO TSE

Capítulo 1

Nadie se imaginó lo que iba a suceder.

En una calle vacía y oscura, de esas calles que no cruzarías a ciertas horas, dos amigos caminaban como si fueran los dueños de la noche.

Llegaron a un lugar y tocaron a la puerta.

Toc, toc, toc.

Las pesadas puertas de madera no se movieron. Era una construcción de varios años de antigüedad, pero firme como el hierro. Sólo podría partirse con la bala de un cañón o una bomba.

Tocaron otra vez, ahora con más fuerza.

Adentro, una mujer que se había levantado al baño, escuchó el ruido y caminó entre las tinieblas. Todo estaba apagado. Los amigos tuvieron suerte, si ella no hubiera estado allí, nadie los habría escuchado.

La puerta se abrió, y salió una monja de cara redonda y piel morena.

—¿Qué desean?, ya estamos dormidas —dijo la monja asomándose a la calle.

Los amigos eran El Panucho y El Manitas, los borrachos del barrio. No le hacían mal a nadie. Su trabajo era estar borrachos todo el tiempo, y lo cumplían muy bien.

—Madrecita —dijo El Panucho—, ya sé que es tarde, pero sería tan amable de regalarme una botella de rompope, es que ya cerró la vinata.

—¿Pero cómo se te ocurre? —dijo la monja indignada. Le parecía una locura la petición de aquel hombre.

—Por favor, madre. Se lo ruego, por la virgencita, —dijo El Panucho con la mirada triste y la boca seca.

Después de pensarlo un momento, la monja dijo:

—Bueno, voy a ver qué encuentro.

La monja dejó a los borrachos en la puerta del convento.

—¿Ya ves?, te dije que estás monjitas son bien chidas —dijo El Panucho al Manitas. El Panucho estaba emocionado. Ya podía sentir la botella en sus manos.

La monja regresó.

—Todo está guardado, pero te traje esto —dijo la monja y le entregó una botella de vinagre.

—¿Y esto raspa? —dijo El Panucho.

—Como lija.

—Gracias, madre —dijo El Panucho contento.

—De nada.

—Oiga madre, ¿de casualidad tiene papas o cacahuates?

—No, hijo, no tengo.

—Es que quería botana, pero bueno, gracias.

La monja cerró la puerta.

—¿Qué tal? —dijo El Panucho con una larga sonrisa.

—Pos algo es algo. Yo hubiera preferido un ron, pero bueno —dijo El Manitas un poco desanimado.
—Chale, nada te parece —dijo El Panucho molesto.

—Cálmate, estamos chupando tranquilos —dijo El Manitas para calmar a su amigo.

El alcohol los ponía violentos, relajados, violentos otra vez, y al final simpáticos. El Manitas decía que beber es una montaña rusa de emociones.

El Panucho y El Manitas caminaron hasta llegar al mercado. A esas horas, estaba cerrado. De hecho, había poca gente en la calle. Casi todas las casas tenían las luces apagadas.

El Panucho abrió la botella y le dijo al Manitas:

—Vas.

El Manitas le dio un buen trago y tosió. El líquido le irritó la garganta. Era un sabor amargo y fuerte.

—¿Qué pasó? —dijo El Panucho.

—Es que está pegador.

El Panucho agarró la botella y se la empinó. Cuando sintió el líquido, escupió. Luego tomó aire y lo volvió a intentar. Entonces, alzó la mirada y vio una estrella en el cielo. La estrella lo dejó hechizado.

—¿Qué pasa mi Panucho? —dijo El Manitas.

El Panucho no dijo nada.

La estrella se movió y apareció un destello en el cementerio del barrio.

—¿Viste eso? —dijo El Panucho.

—Ey —dijo El Manitas.

—¿Neta?

—Es una rata.

Una rata corrió por la calle y se metió al mercado.
Era un animal gris y sucio.

—No, allá. ¿Viste esa luz? —dijo El Panucho.

—Nel —dijo El Manitas.

—En el cementerio se prendió una luz muy rara.

—Ya andas pedo.

—Te juro que vi algo.

—Sí, claro, no lo dudo. Debe ser un fantasma
—dijo El Manitas irónico.

—Vamos a ver.

—¿Adónde?

—Al cementerio.

—No mamés.

—Ándale, vamos.

El Manitas pensó que su amigo se había vuelto loco. Después de años de tomar, la cabeza se le había ido de vacaciones. Si tienes espejo, ahí te ves, dijo el cerebro.

—¿Y qué viste? —dijo El Manitas.

—Como una luz —dijo El Panucho.

—Ya no voy a chupar contigo, te pones bien locatel.

—Ándale, vamos.

Estaba loco como una cabra, pero seguía siendo su amigo. Ni modo, tendría que acompañarlo.

—Bueno, vamos —dijo El Manitas resignado.

Los amigos caminaban por las calles oscuras del cementerio. El aire frío y las tumbas viejas y descuidadas le daban miedo al Manitas. Sabía que los muertos no iban a salir a matar, pero tampoco era su

lugar favorito. Después de recorrer algunos pasillos, El Manitas dijo:

—Ya vámonos, no hay nada.

—Te digo que vi algo —dijo El Panucho seguro de sí mismo.

El Manitas nunca lo había visto así, salvo las veces que iban a conseguir tragos. Pero El Manitas ya no quería estar ahí. Se paró en seco y dijo:

—Ya vámonos.

—¿No me crees? —dijo El Panucho.

—Nel.

—¿Y qué es esa madre? —dijo El Panucho orgulloso.

El Manitas se dio la vuelta, y dijo:

—No mamés, pájaro.

Los borrachos estaban frente a una cosa circular.

El Panucho la tocó. La textura era lisa como un cristal. Una puerta se abrió. El Panucho no distinguió qué había en el interior, una luz blanca no lo dejaba ver bien.

—Voy a entrar —dijo El Panucho.

—¿Qué? —dijo El Manitas asustado.

Una cosa era entrar al cementerio, y otra cosa era entrar a un objeto extraño.

—Voy a entrar —repitió El Panucho, parecía hipnotizado.

—No mamés, no sabes qué es eso. Mejor vamos por un poli —dijo El Manitas con la voz entre cortada.

—Usted no diga frío hasta ver pingüinos —dijo El Panucho en un tono tranquilo.

Y sin decir más, entró.

Segundos después, El Manitas escuchó un grito.

—Panucho, ¿estás bien?

El Panucho salió de la cosa y cayó al suelo. Estaba muerto. Tenía la piel blanca y las extremidades rígidas.

El Manitas salió corriendo. Pero algo lo siguió. Algo que no corría, volaba. El borracho llegó a una casa y tocó. No le abrieron. Siguió corriendo y llegó a un teléfono público. La cosa se estaba acercando. Por suerte, encontró una moneda en el piso. Marcó el número de la policía. La cosa estaba por llegar. El Manitas empezó a hablar. De repente, sintió un frío que le caló todos los huesos del cuerpo. Volteó y vio a la cosa, estaba encima de él.

Capítulo 2

Jacinto Flores se levantó a las siete de la mañana. Hirvió agua y la echó en una tina. Tenía que bañarse a jicarazos porque las llaves de su regadera no servían. Mañana las reparo. Eso pensaba.

Después de bañarse, desayunó un pan de dulce, café y una quesadilla. La casa de Jacinto era pequeña: sala, comedor, cocina y una recámara. La puerta de la casa era de aluminio y estaba pintada de negro. El número veinticinco estaba en la parte superior de la puerta.

En la calle, los microbuses pasaban llenos de gente y con una cumbia sonando en sus bocinas.

Jacinto se subió a un microbús y se quedó parado junto al chofer.

—¿Qué onda, Don Jacinto? —dijo el chofer con una sonrisa.

—Buenos días, Huicho —dijo Jacinto.

Huicho traía camisa de manga corta y corbata negra. La corbata le cubría la abundante panza.

El microbús recorrió algunas calles. El transporte colectivo estaba lleno. Era una lata de sardinas con ruedas.

—¿Qué cree, Don? —dijo Huicho a Jacinto.

—¿Qué pasó?

—Ya valió con la Raquel.

—¿En serio, por qué? —dijo Jacinto sorprendido.

—Pinches viejas, ella tuvo la culpa —dijo Huicho molesto.

—¿Qué pasó?

—Es que se fue a Veracruz, y cuando regresó me fue a buscar, y ¡zaz culebra!, me encontró con la Lucha. ¿Cómo ve?

—Muy mal, ¿y qué te dijo Raquel?

—Pos se enojó. Me mandó a Chihuahua a un baile.

—¿Adónde?

—A la chingada.

—Pues tú tienes la culpa, ¿por qué estabas con Lucha? —dijo Jacinto serio. Era como un padre regañando a su hijo.

—Chale, chale, no se ponga loco —dijo Huicho indignado.

—Es que fue tu culpa. ¿O ya no quieres a Raquel? —dijo Jacinto más amable.

—Pos sí la quiero, pero uno es débil. Lucha me invitó al cine y pos ni modo que le dijera que no, iba a pensar que soy puñal, que me gusta el Dios de un ojo.

—Y por demostrar que eres hombrecito, ya perdiste a Raquel, y eso es lo que en verdad te hace hombre, querer y ser querido.

Huicho sabía que Jacinto tenía razón. Quería a Raquel y mucho. Frenó el vehículo en un alto y dijo:

—Putra madre, que padre habla Don, debería ser político. ¿Y usted qué onda? ¿Se anda comiendo a alguien? Maru, la de las quesadillas, no está nada mal.

Jacinto no supo qué contestar, no esperaba esa pregunta. Iba a decir que Maru no le interesaba, pero sintió que no era necesario. Su cabeza se llenó de pensamientos y recuerdos. Las únicas palabras que salieron de su boca fueron:

—Aquí me bajo.

Jacinto se bajó del microbús, y caminó hasta un pequeño local. En la entrada se podía leer: “Zapatería Jacinto”.

Como a las doce del día, una señora entró a la zapatería. Traía delantal de flores y en la mano un par de zapatos.

—Buenos días, Jacinto —dijo la señora.

—Buen día Gertrudis, ¿qué se te ofrece? —dijo Jacinto sonriente, ya se había repuesto del episodio en el microbús.

—Te traigo los zapatos de mi niña —dijo la mujer.

Jacinto los revisó. Eran color durazno. Tenían el tacón roto y las correas gastadas.

—Está bien, déjamelos —dijo Jacinto.

—¿Estarán para el sábado? Es que son para los quince de mi Monse —dijo Gertrudis.

—No te preocupes, el sábado los tienes.

—Gracias, es que ya no íbamos a hacer nada. Condenada niña, está panzona. Quesque por la prueba de amor, pinche prueba pendeja.

Al empezar a hablar de su hija, los ojos de la señora se habían iluminado, pero al recordar la prueba de amor, había terminado con los cachetes rojos.

—Pero son una bendición de Dios —dijo Jacinto, tratando de reconfortar a Gertrudis.

La mujer dijo:

—Pos bueno.

Gertrudis salió y tres muchachos entraron a la zapatería. Eran Cris y dos de sus amigos, El Ranas y Lalo. El nombre completo de Cris era Crisento Brian, pero todos le decían Cris. Estaba rapado, sólo un copete se levantaba en su cabeza. Y traía pantalón de mezclilla y una playera sin mangas.

—Buenos días —dijo Jacinto.

—Vengo por mis tenis —dijo Cris.

—Los azules, ¿verdad?

—Ey.

En un estante, Jacinto tenía los zapatos que estaban listos para ser entregados. Los tenis de Cris tenían un poco de tierra. Jacinto los limpió con un trapo. Le gustaba que su trabajo fuera perfecto, por eso se fijaba en todos los detalles.

Metió los tenis de Cris en una bolsa y se los entregó.

—Son treinta pesos —dijo Jacinto.

—Híjole, no traigo cambio —dijo Cris sonriendo. Era una risa burlona. Malvada.

—No te preocupes, ve a cambiar.

—Híjole, es que tampoco traigo.

—¿Cómo? —dijo Jacinto.

—Que no traigo varo, se los pago para la otra —dijo Cris despreocupado, como si fuera el dueño del lugar.

—Pero son treinta pesos —dijo Jacinto.

—Pos no traigo.

—Déjame lo que traigas.

—Usted es viejo y pendejo. No traigo nada, ni un peso —dijo Cris enojado.

—¿Y cuándo me vas a pagar?

—Déjeme ver... nunca —dijo Cris y se empezó a reír.

Las carcajadas de Cris taladraron el cuerpo de Jacinto. Una lluvia de clavos hubiera sido menos dolorosa.

Cris salió de la zapatería. Jacinto salió atrás de él. Sabía que tenía que decir algo.

—Oye, Cris, mi dinero —dijo Jacinto un poco nervioso.

—Pinche ruco necio, ya le dije que no traigo.

—Si no me pagas, yo...

—¡¿Qué?, ¿qué vas a hacer?! —dijo Cris enojado, violento.

Jacinto sintió un nudo en la garganta. Era miedo y coraje. En voz baja dijo:

—Yo... no sé...

Cris se empezó a reír y se fue.

Jacinto se quedó a media calle, con los puños apretados.

Capítulo 3

Rosita llegó a su lugar y prendió la computadora. Era la recepcionista de la oficina. El escritorio de Rosita era blanco y tenía una cubierta de vidrio. En la pared había un letrero que decía: CUQUI (Centro Ultra Secreto Que Combate Infractores Importantes).

Sonó el teléfono.

—CUQUI, buenas días —dijo Rosita al contestar.

—Buenos días, me comunica con el Doctor Orko.

—¿Quién le habla?

—Soy el sargento Morales, de la policía. Me urge.

La voz del policía se oía nerviosa. La urgencia era evidente.

—Un momento, por favor —dijo Rosita y lo puso en espera. El policía escuchó una melodía de Kenny G.

Entrar al laboratorio del Doctor Orko era entrar a un mundo de colores. Había animales, armas, químicos y computadoras. Se confundían los gruñidos de un mono con el ruido de las armas. Y se mezclaba el olor de la caca de los monos, con los químicos que el Doctor tenía en recipientes.

En una mesa de trabajo estaba el Doctor Orko. Era un hombre pelón y de lentes gruesos y siempre usaba bata blanca y camisa azul.

El Doctor vació una sustancia en un recipiente de cristal. La sustancia estaba caliente.

El teléfono sonó.

—Laboratorio.

—Doctor Orko, le habla el sargento Morales.

—Gracias Rosita, pásamelo.

—Muy bien, Doctor.

—¿Bueno? —dijo el Doctor.

—Hola Doctor, soy el sargento Morales.

—Buenas días sargento, ¿cómo le va?

—Bien, gracias.

—¿Y la familia?

—Bien, ya sabe, los niños creciendo.

—Que bien sargento, me da gusto.

—Aunque hay días que digo, ¿por qué no me puse condón?, ¿por qué?

Los hombres rieron. Era un buen chiste. Pero el sargento Morales sabía que no había tiempo para otro chiste. El motivo de la llamada era muy importante, casi de vida o muerte. El sargento dejó de reír y muy serio dijo:

—Oiga Doctor, pasemos a otra cosa, le hablo por algo importante.

—Dígame —dijo el Doctor.

—Tenemos el cuerpo de un borracho y necesito que lo vea.

—¿Por qué?, ¿qué tiene?

—Es que está muerto, pero no hemos podido encontrar la causa de la muerte. No encontramos herida de bala, ni de cuchillo, ni de nada. Además, nos habló por teléfono y la llamada está muy rara. Tiene que oírlo.

El Doctor Orko no había encontrado nada especial en las palabras del sargento. Tienen a un muerto y no saben qué lo mató. No parecía importante. Sin embargo, contestó:

—Está bien sargento, mándeme el cuerpo y la grabación.

—Gracias Doctor.

Horas después, el Doctor Orko recibió el cuerpo del Manitas. Efectivamente, no tenía heridas de bala, ni de cuchillo, ni nada parecido. Lo único que podía determinar es que el muerto no tenía ni una gota de sangre en las venas. “Es como si se la hubieran chupado”, pensó el Doctor.

La puerta del laboratorio se abrió y entró Betty, la hija y colega del Doctor Orko. Betty tenía piel blanca y facciones finas. Su pelo era negro y largo, pero siempre se lo agarraba con una dona.

—Aquí está lo que pediste. Cuatro tacos de canasta, dos de frijol y dos de chicharrón —dijo Betty.

—No hay tiempo para comer, quiero que oigas algo —dijo el Doctor.

Betty dejó los tacos en una mesa y el Doctor prendió el equipo de sonido.

—¿Qué pasa? —dijo Betty.

—Es la llamada que hizo un hombre a la policía.

Se escuchó la voz del Manitas:

—¿Es la policía?

—Buenas noches, y bienvenido a la policía. Si sabe el nombre de la persona con la que se quiere comunicar, marque el uno, si no lo sabe, no lo marque. Si a usted lo están asaltando o asesinando, marque dos, si no,

no lo marque; si usted es un delincuente, por favor, quédese donde está, una patrulla pasará en unos minutos.

—Mi carnal y yo vimos algo, y está muerto. Lo mataron. Y ahora me están siguiendo. La cosa es como un círculo, como una nave espacial. Ay Diosito, aquí está, no...

La grabación se detuvo.

—Está raro —dijo Betty.

—Creo que estamos frente a un gran peligro, mira esto —dijo el Doctor y le enseñó el cuerpo del Manitas.

Después de recorrer el cuerpo con la vista, Betty encontró dos puntos pequeños en el cuello del hombre. Eran rojos. Sobresalían del cuerpo pálido del Manitas.

—¿Qué es eso? No parece un lunar ni un grano —dijo Betty.

—Son marcas de una mordida.

—¿Quién mordió a este hombre?

El Doctor Orko hizo una pausa. Tenía que ser honesto con su hija, le tenía que decir lo que sabía. Como en final de telenovela, el Doctor la sujetó de los hombros y la miró fijamente.

—¿Qué pasa? —dijo Betty.

—Al parecer, es la mordida de un vampiro.

Capítulo 4

El director del CUQUI se llamaba Mamo. Era un señor de pelo blanco y mirada amable, como Santa Claus, pero sin barba.

El Doctor entró a la oficina de Mamo. La oficina era amplia. Del lado derecho tenía un tablero para lanzar dardos y del lado izquierdo, en la pared, había un retrato de Mamo. Llevaba traje gris cruzado. Parecía abuelito en una boda.

—Tenemos que hablar —dijo el Doctor.

Mamo estaba muy ocupado escribiendo, no escuchó cuando el Doctor Orko entró.

—Mamo, esto es importante —dijo el Doctor.

Mamo levantó la vista.

—Orko, hola, no te oí —dijo Mamo.

—Si estás ocupado, regreso al rato.

—Es que esto me tiene pensando desde la mañana —dijo Mamo, su voz era la de un hombre angustiado.

—¿Qué te pasa? —dijo el Doctor con interés.

Levantando un periódico, Mamo dijo:

—Fíjate, “animal de cuatro patas que ladra”. Y son cinco letras.

—Perro.

—Yo también pensé eso, pero no creo, es muy fácil, debe ser otra cosa.

—¿Qué?

—Gato.

—Gato son cuatro letras.

—Exacto, lo hacen para confundirme, pero ya descubrí su juego. Estos señores del crucigrama no podrán conmigo.

El Doctor Orko miró hacia arriba. No podía creer que ésa era la preocupación de Mamo. Sólo era un estúpido crucigrama. Así lo pensó: “Sólo es un estúpido crucigrama”.

—Necesito decirte algo —dijo el Doctor.

Mamo notó la seriedad del Doctor Orko. Era obvio que no había ido para platicar de fútbol.

—Yo no fui —dijo Mamo tronándose los dedos.

—¿Qué cosa? —dijo el Doctor, sin entender de qué hablaba Mamo.

—Yo no fui el que se emborrachó en la fiesta de Irma. Y tampoco me puse falda y baile cancán.

—No vengo por eso, yo... ¿te emborrachaste y bailaste cancán? —dijo el Doctor sorprendido.

—No, bueno, sí, poquito —dijo Mamo apenado.

—Eso no importa, hay algo más grave.

—Yo tampoco rompí la mesa de Irma.

—No importa lo que hayas hecho en la fiesta de Irma, hay algo más grave.

—¿Lo del carro de Irma?

—Eso no importa, hay algo más grave... ¿cuál Irma, la de contabilidad?

—Sí, ella.

—¿Irma hizo una fiesta? Bueno, eso no importa, lo que vengo a decirte es que hay vampiros en la ciudad. Y no cualquier vampiro, son vampiros extraterrestres.

Mamo dejó el periódico que tenía en la mano, se hizo para atrás y muy sorprendido dijo:

—¿Neta?

El Doctor dijo:

—La policía me trajo el cuerpo de un hombre y en sus venas no tiene ni una gota de sangre. Yo creo que se la chuparon.

—Que rico.

—Estoy hablando de la sangre.

—Yo también.

—Y antes de morir, el hombre habló a la policía. Es una llamada muy extraña, habla de una nave espacial.

—Creo que alguien está trabajado demasiado —dijo Mamo. El director del CUQUI no le creía. Pero el Doctor no se daría por vencido.

—No Mamo, es verdad, tengo la grabación y el cuerpo en mi laboratorio.

—¿Y qué quieres hacer? —dijo Mamo curioso.

—Dile a Garritos que busque la nave.

—Pero si es una nave espacial, ¿no estará en el espacio? O sea, Hello Kitty.

—No, estoy seguro que la nave está aquí.

—¿Aquí en la oficina?! —dijo Mamo asustado.

—No, aquí en la ciudad. Un vampiro es insaciable. No se conforma con matar a una persona, va por otra y otra. Literalmente, son criaturas sanguinarias. Tenemos que encontrar la nave de los vampiros —dijo el Doctor.

Mamo lo pensó un momento. ¿Y si hay vampiros en la ciudad? Eso significa que los vampiros se la van a chupar a todos. Y también la sangre. Después de tragar saliva, Mamo dijo:

—Le voy a hablar a Garritos.

Mamo apretó un botón del teléfono y se escuchó la voz de Rosita:

—Dígame, señor.

—Por favor, háblale a Garritos. Dile que venga a mi oficina.

—De inmediato, señor.

—Gracias Rosita, como siempre, eficiente y bonita —dijo Mamo en tono dulce.

—Gracias, osito —dijo Rosita muy tierna.

—Señorita, por favor, no estoy solo —dijo Mamo, corrigiendo el tono de Rosita.

—Perdón, señor —dijo Rosita como en saludo militar.

El Doctor miró a otro lado, no le importaban las aventuras de Mamo.

Después de algunos minutos, el general Garritos apareció en la oficina de Mamo. Garritos era el comandante supremo del CUQUI. Su traje militar estaba impecable. Sus zapatos cuidadosamente lustrados y su corbata tenía un nudo perfecto. Nadie hubiera podido hacer un nudo tan perfecto.

Garritos se sentó, y se quitó los lentes oscuros que traía.

—¿Qué pasa? —dijo Garritos.

—Tenemos trabajo para ti —dijo Mamo.

—Ya arreglamos el coche de Irma.

—No tiene que ver con la fiesta de Irma —dijo el Doctor.

—Esto es otra cosa —dijo Mamo.

—¿Qué pasa? —dijo Garritos.

—Orko sospecha que hay una nave espacial en la ciudad y en la nave vienen vampiros. Imagínate, se la podrían chupar a todos.

—¿Y?

—Yo creo que la nave ya se fue y no va a pasar nada, pero date una vuelta para ver si encuentras algo.

—¿Y dónde busco una nave espacial? —dijo Garritos molesto. Lo que había escuchado le parecía una pendejada.

—Tienes que buscar en un cementerio, donde la policía encontró el cuerpo de un borracho. Ahorita te doy la dirección —dijo el Doctor y después agregó—, pero dile a tus soldados que tengan cuidado, esto puede ser muy peligroso.

—¿No crees que exageras? —dijo Garritos.

—Toma todas las precauciones que puedas. Por favor, hazme caso —dijo el Doctor preocupado.

—Está bien, te haré caso —dijo Garritos resignado.

En el hangar del CUQUI, dos helicópteros estaban listos para salir. Frente a ellos estaban diez soldados. Todos traían traje negro, mochila y un audífono en el oído. También llevaban una pistola en el cinturón y en las manos una ametralladora.

Garritos entró al hangar y se dirigió a sus hombres.

—¿Todo listo, Comandante Pérez? —dijo Garritos a uno de los soldados.

—Sí, señor —dijo Pérez.

—Hombres —dijo Garritos a los soldados—, esta misión es peculiar, tenemos que buscar una nave espacial. Yo creo que es una pendejada, pero órdenes son órdenes, ¿o me equivoco?

—No, señor —dijeron todos a una voz.

—¿Alguna duda?

—No, señor.

—¿Todos listos?

—Sí, señor.

—Muy bien, adelante.

Cinco soldados se subieron a un helicóptero y los otros cinco al otro. La puerta del hangar se abrió. Los helicópteros se elevaron y salieron.

Volaban por un túnel que parecía no tener salida.

Una compuerta se abrió y en segundos estaban en el exterior.

Garritos, Mamo y el Doctor estaban en la oficina del general. Tenía una consola de mando. Era un aparato lleno de botones, palancas y un micrófono.

—Garritos a Pérez, Garritos a Pérez —dijo Garritos por el micrófono.

—Aquí Pérez.

La voz de Pérez se oía cortada, el ruido de las hélices que no permitía una transmisión clara.

—¿Todo bien?

—Sí señor, vamos al cementerio.

Los helicópteros llegaron al barrio del Manitas. Era una noche tranquila. No había señales de una nave espacial. Mucho menos de un vampiro.

Garritos habló por el micrófono:

—¿Pérez, han visto algo?

—Negativo, señor.

—¿Seguimos con esto? —dijo Garritos al Doctor.

—No, dícales que regresen.

El Doctor Orko estaba decepcionado. Pensó que los vampiros seguían en la ciudad. Tal vez eran alucinaciones por trabajar demasiado. Tal vez.

—Pérez, regresen a la base, repito, regresen a la base —dijo Garritos por el micrófono.

—Entendido, señor, espere...

—¿Qué dijo, Pérez?, no escuché lo último.

—La veo, señor, la veo.

—Repita eso.

—Veo la nave espacial. Está en el cementerio. Espero órdenes.

—¡Qué bien!, ya la encontraron —dijo Mamo emocionado.

—¿Qué hacemos? —dijo Garritos al Doctor.

—Que vayan a investigar, pero con mucho cuidado.

—Pérez, investigue la nave, repito, investigue la nave.

—Entendido, señor.

Los helicópteros aterrizaron afuera del cementerio. La nave estaba sobre un mausoleo. Los escasos visitantes pensaban que era parte de la decoración.

Los soldados se acercaron en dos grupos, uno llegó por el lado derecho y el otro por el lado izquierdo. Pérez miró fijamente la nave. Su textura, casi transparente, lo atrapó. Era como el canto de las sirenas, hechizaba a los hombres.

Pérez estaba a punto de tocar la nave, cuando una puerta se abrió.

—Señor, una puerta se abrió, ¿qué hacemos? —dijo Pérez.

—Entren —dijo Garritos.

Los soldados obedecieron.

—¿Será la nave de E.T. o de Alf? ¿Se acuerdan de Alf? —dijo Mamo.

—¿Qué pasa, Pérez?, ¿qué ves? —dijo Garritos.

—Es muy raro señor, pero sin lugar a dudas, la nave viene de Marte.

—Muy bien, Pérez, ¿cómo lo supo?

—Hay una placa que dice: “Hecho en Marte”. Y además, no puede ser...

—¿Qué pasa? —dijo Garritos.

—No es posible —dijo Pérez nervioso.

—¿Qué pasa? —dijo Garritos.

—Los puedo ver, están frente a nosotros, son mujeres.

—¿Mujeres?

—Sí y están más buenas que el pan.

—Pregunta ¿qué quieren?

—¿Se puede saber... cuidado...

—¿Qué pasa?

—¡Nos atacan!

—¿Qué?

—Disparen.

Por la bocina, se escucharon las ráfagas de las ametralladoras. El ruido de las balas cubrió la oficina. Mamo, Garritos y el Doctor estaban callados. No querían ni respirar.

—¡Ah! —gritó Pérez.

—Pérez —dijo Garritos— ¿qué pasa?, ¡háblame!

No hubo respuesta por parte de Pérez. Sólo se oían gritos de dolor. Eran sonidos de terror y agonía.

—Pérez, ¿me escuchas? —dijo Garritos. Frente a la consola, el general no podía hacer nada.

—Martínez —dijo Garritos—, Esparza, Tovar, Gómez, ¿alguien me escucha?

Garritos siguió llamando a los soldados.

—Pérez, Martínez, Esparza, Tovar, Gómez...

El Doctor tocó el hombro de Garritos y dijo:

—No tiene caso.

Después de una pausa, agregó:

—No van a responder.

—Pérez, ¿me escucha?

—Lo siento Garritos, no pensé que pasaría esto.

—El responsable de esto tiene que pagar —dijo Garritos enojado. Resoplaba una y otra vez, parecía león enjaulado.

El Doctor dijo:

—El responsable, o mejor dicho, las responsables. Ahora sabemos que son mujeres vampiro de Marte.

Capítulo 5

Jacinto estaba en el techo de un edificio. No había nadie a la redonda. El cielo se veía gris, como si estuviera a punto de llover.

Caminó a la cornisa y vio a la gente en la calle. Eran pequeños puntos que se movían sin cesar. Por un momento, sintió que era un gigante.

Encontró una puerta. La trató de abrir. No pudo. De la nada, apareció un hombre con traje gris rata.

—Disculpe, ¿su automóvil tiene seguro? —dijo el hombre.

Jacinto agarró la perilla de la puerta y la giró de un lado a otro.

—¿Qué marca es su automóvil?

Jacinto le pegó a la puerta, primero con la mano y luego con el pie. No se abría, parecía que estaba hecha de hierro.

Buscó otra salida y vio a una mujer en la cornisa. Era una mujer de mirada dulce. Traía vestido amarillo y el aire frío le alborotaba el pelo.

—Alicia, ¿eres tú? —dijo Jacinto intrigado.

—¿Qué le parece un pago quincenal? —dijo el hombre.

Jacinto le dio una patada en el estómago.

—Está bien, mensual —dijo el hombre en el suelo.

Jacinto se concentró en la mujer.

—Alicia, amor, soy yo —dijo Jacinto.

La mujer no le hacía caso, estaba en su propio mundo.

Jacinto corrió hacia ella.

Entonces, aparecieron momias de Guanajuato que le cerraron el paso.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo Jacinto.

—Grrrrr —dijeron las momias.

—¿Van a una fiesta de disfraces?

—Grrrrr.

—¿Se disfrazaron de papel de baño?

—Grrrrr.

—Déjenme pasar.

—Grrrrrr.

—Por favor, déjenme pasar —dijo Jacinto suplicando, pero las momias no se movían.

La mujer se despidió con la mano.

—Alicia, ¿qué haces? —dijo Jacinto.

Alicia se lanzó al vacío.

—¡No!

Jacinto despertó. Estaba sudando. Tenía la boca seca y las manos le temblaban. Eran las dos de la mañana.

Al otro día, se levantó más temprano de lo usual. No pudo dormir en toda la noche. Salió de su casa y tomó un microbús.

—Buenos días, Huicho —dijo al subir.

El chofer no era Huicho.

—Perdón, te confundí con otra persona.

—Ajá —dijo el chofer.

Jacinto se sentó.

En el radio del microbús estaba sonando una canción: “Carmen, se me perdió la cadenita, Carmen, que tú me regalaste, Carmen, que tú me regalaste...”

La canción se oía en todo el vehículo.

El chofer traía la música a todo volumen.

Después de cruzar varias calles, Jacinto se percató que los pasajeros estaban molestos por el volumen de la música. Las señoras hacían caras y los niños gritaban. Una pareja se bajó después de una cuadra.

Jacinto respiró hondo y dijo:

—Oiga, joven, podría bajarle un poquito. Vienen niños y señoras.

—Ajá —dijo el chofer sin interés.

Lo volvió a intentar. Total, nada perdía.

—Joven, joven —dijo Jacinto.

El chofer empezó a cantar.

—Carmen, se me perdió la cadenita, Carmen, que tú me regalaste...

—Joven...

—Carmen...

—Joven...

—Carmen...

Jacinto se recargó en su asiento sin decir nada más. Se dio por vencido. Lo había intentado y fracasó. No había otra cosa que pudiera hacer. “Lo bueno es que ya me voy a bajar”, pensó Jacinto.

Jacinto caminó a la zapatería. En la entrada estaban Cris y sus amigos tomando cerveza de lata.

Jacinto sintió un nudo en la garganta. Igual que en su sueño. Se dio la vuelta y se metió en una tienda. No quería enfrentarlos. No quería hacer nada. Era más fácil no hacer nada.

—¿Qué le damos? —dijo el señor de la tienda.

—Eh...

Jacinto vio los productos en los estantes. Refresco, papas, galletas, papel de baño, cerveza, botellas de vino. ¿Qué podía comprar?

—Una leche —dijo Jacinto.

—¿De cuál?

—De la que tenga.

Mientras el señor buscaba la leche, Jacinto se asomó a la calle. Cris tiró el bote de cerveza y destapó otra.

—También quiero una lata de frijoles —dijo Jacinto.

—¿Bayos?

Jacinto compró leche, frijoles, cacahuates, queso, jamón y otras cosas. Después salió de la tienda. Cris ya no estaba, por lo menos por ahora.

Capítulo 6

Betty puso un vaso en la máquina de café y apretó el botón que decía capuchino. El vaso se llenó con el líquido caliente.

Le sopló y lo movió con un popote de plástico.

Mamo venía caminando por el pasillo y vio a Betty. Como un niño que quiere hacer una travesura, caminó hacia ella sin hacer ruido.

—Buenos días —dijo Mamo.

Betty se sorprendió. No se dio cuenta de la llegada de Mamo.

—Me asustó, señor —dijo Betty.

—No te asustes.

—Y dígame, ¿cómo está, señor? —dijo Betty amable, como si quisiera consolar a Mamo.

—¿Yo?, bien, ¿por qué? —dijo Mamo despreocupado.

—Por lo que pasó anoche.

El Doctor le había contado a Betty lo sucedido con los soldados. Era una tragedia, pero Mamo lo había olvidado. O eso parecía. Se veía muy tranquilo.

—Ah, sí, pero tu papá ya sabe qué hacer, ¿o no? —dijo Mamo.

—Eso creo, ahorita voy al laboratorio —dijo Betty.

—¿Y cómo te sientes trabajando con nosotros?

—Muy bien, señor.

—Ya no eres la chiquilla que venía de la mano de su papá—dijo Mamo mirando a Betty de pies a cabeza.

—No señor, ya crecí —dijo Betty apenada. Sintió la mirada de Mamo y no supo qué hacer. Después de todo, era su jefe.

—Y vaya que si creciste —dijo Mamo mientras miraba su pecho. No quería parecer pervertido, pero no lo pudo evitar. A través de la bata, se asomaban dos pechos blancos y grandes.

De una bocina que estaba en el techo, salió una voz.

—Señor Mamo, señor Mamo, tiene una llamada.

—Les voy a decir que fui a comer —dijo Mamo y se empezó a reír. A Betty no le pareció un buen chiste, pero sonrió.

—Señor Mamo —dijo la voz nuevamente—, señor Mamo, es el presidente.

—Un día me voy a ir como las chachas y a ver qué hace.

—Mejor vaya a contestar —dijo Betty.

Mamo metió las manos en las bolsas del pantalón, y caminó a su oficina.

Betty entró al laboratorio. El Doctor leía unos documentos. Al terminar, los dejó sobre su escritorio y suspiró. Se veía triste.

Betty se dio cuenta que su papá estaba mal.

—¿Qué pasa? —dijo Betty.

—Estaba leyendo el reporte de lo que pasó anoche —dijo el Doctor.

—Es como dijeron en la fiesta de Irma, cuando te toca, te toca. Y a ellos les tocó.

—En eso tienes razón y... espera, ¿tú también fuiste a la fiesta de Irma?, ¿por qué todos fueron?, ¿y

por qué no me invitaron?, ¿les caigo mal? —dijo el Doctor un poco molesto.

—No es eso, pero mejor olvídalo, ahorita tenemos que pensar en otras cosas —dijo Betty para cambiar el tema.

—Eso sí —dijo el Doctor recordando la tragedia de los soldados.

—¿Y la nave sigue en el cementerio?

—No, mandamos una patrulla y los policías no la encontraron. Desapareció.

—¿Ya se habrán ido a su planeta? —dijo Betty con una sonrisa.

—No, hija, yo creo que siguen en la ciudad. Espero estar equivocado, pero no creo —dijo el Doctor desanimado.

—¿Eso quiere decir que seguimos en peligro?

—dijo Betty un poco asustada. La sonrisa se le había borrado de golpe.

—Me temo que sí.

—Y los soldados eran los mejores del escuadrón, ¿verdad? —dijo Betty curiosa.

—Sí, eran los mejores.

—¿Qué vamos a hacer?, si ellos no pudieron con las mujeres vampiro, nadie podrá. Necesitamos un milagro.

La palabra milagro sacudió al Doctor. Fue como una chispa que rebotó en todos los rincones de su cerebro. Un milagro lo hacen los santos, los salvadores, los héroes.

Los ojos del Doctor Orko se iluminaron y dijo:

—No, hija, un milagro no, necesitamos un luchador.

El Doctor salió del laboratorio y llegó al elevador. Las puertas se abrieron y salió Irma, la de contabilidad. Antes de que Irma pudiera decir algo, el Doctor dijo:

—Gracias por invitarme a tu fiesta, estuvo muy buena, que digo buena, buenísima.

Irma bajó la cabeza y caminó sin decir nada. El Doctor iba a seguir con los reclamos pero entró al elevador.

El Doctor entró a la oficina de Mamo. El director del CUQUI estaba jugando con un balero. Llevaba dos capiruchos.

—Tenemos que hablar —dijo el Doctor.

—¿De qué?, estoy jugando —dijo Mamo haciendo puchero.

—Ya sé qué vamos a hacer.

—¿Sobre qué? —dijo Mamo sin interés.

—Las mujeres vampiro.

—¿Qué con ellas? —dijo Mamo.

—La idea me vino de repente, como un flash —dijo el Doctor. Su mirada brillaba, reflejaba esperanza.

—No entiendo nada —dijo Mamo.

—Estoy hablando del hombre que nos puede ayudar con las mujeres vampiro, que digo un hombre, un héroe, que digo un héroe, un luchador —dijo el Doctor alzando el puño en señal de victoria.

—¿Quién? —dijo Mamo intrigado.

—El Moco Vengador.

Mamo se empezó a reír.

—Lo digo en serio —dijo el Doctor decepcionado. No esperaba esa reacción.

Mamo no dejaba de reír. Tenía la cara roja de tanta risa. El Doctor no sabía qué decir, para él no era un chiste, era la mejor idea que había tenido en mucho tiempo.

Mamo se calmó y dijo:

—No me reía tanto desde la fiesta de Irma. Hubieras visto los chistes que contaron.

—Entonces, ¿qué te parece mi idea? —dijo el Doctor.

—¿Es en serio?

—Por supuesto que sí —dijo el Doctor, estaba seguro de lo que decía.

—Pero El Moco Vengador no existe, es un cuento para niños —dijo Mamo.

Como en final de telenovela, el Doctor lo miró a los ojos y dijo:

—Hace tiempo fui a la Arena México con la mamá de Betty. En ese tiempo no era mi esposa, apenas estábamos saliendo. Ella me dijo que quería ir a la lucha libre y la llevé. La hubiera llevado a donde me dijera. El caso es que vi al Moco Vengador. Era increíble. Se columpiaba en las cuerdas y derribaba a sus oponentes con patadas voladoras. Y para terminar la pelea, aplicaba su llave especial: “La Moco”. Una llave que destrozaba los brazos de sus adversarios. La gente gritaba: “Moco, Moco”. Ese hombre con mayas era un espectáculo. Pero lo más sorprendente, es que las luchas no se quedaban en el ring. En su fabuloso convertible, El Moco patrullaba las calles de la ciudad, y ayudaba a cualquiera que lo necesitaba. Así que no, El Moco no es un cuento para niños. El Moco es real, muy real. Sólo tenemos que encontrarlo.

Después de una pausa, el Doctor agregó:

—Entonces, ¿qué dices?

—¿De qué? —dijo Mamo distraído.

—¿Busco al Moco para que nos ayude?

Mamo seguía pensando que El Moco era tan real como los unicornios pero decidió aceptar:

—Está bien, búscalos.

Capítulo 7

Un objeto volaba por el cielo de la ciudad. Era la nave de las mujeres vampiro. Tenía el casco abollado y avanzaba lentamente, como si tuviera poca energía.

La nave llegó a una hacienda abandonada que se encontraba afuera de la ciudad. La hacienda se llamaba: Santa Rita de Migajón.

Dos mujeres vampiro recorrieron el lugar. Eran delgadas y de caderas anchas. Sus pechos eran pequeños y su pelo largo. Traían un vestido con un cinturón plateado. En la hebilla del cinturón se podía ver la figura de un murciélago.

Las vampiro inspeccionaron la hacienda y decidieron quedarse ahí. Era un lugar agradable en medio del bosque. Los únicos vecinos eran un puesto de quesadillas y un negocio para rentar motos.

Después de limpiar, metieron un trono en la sala. En el respaldo del trono había un murciélago con las alas abiertas.

Una mujer entró. Tenía pelo negro y ojos verdes. Era muy hermosa. Su nariz era respingada. Era una nariz perfecta. Cualquiera hubiera dicho que era producto de una cirugía.

La mujer se sentó en el trono y todas las vampiro se reunieron para escuchar lo que iba a decir. Era Zafira, la reina de las mujeres vampiro.

—Mis queridas, hijas —dijo Zafira—, quiero decirles que mi plan va un poco lento. No esperaba que una lluvia de meteoros destruyera el arma mortal. Pero no se preocupen, voy a paso lento pero seguro. Ahora vamos a recolectar esclavos para que reparen el arma.

Zafira hablaba con la pasión que caracteriza a cualquier reina vampiro. Su discurso era para informar pero también para transmitir esperanza y seguridad.

Una vampiro levantó la mano.

—Dime, hija —dijo Zafira.

—¿Quiero saber si a todos los hombres que encontremos los tenemos que hacer esclavos?

—No, hija, no a todos. Sólo a los fuertes o a los idiotas. Mejor a los fuertes, porque si hacemos esclavos a los idiotas, tendríamos que hacer esclavos a todos los hombres.

Todas las vampiro rieron a carcajadas.

—¿Y las mujeres, señora?

—Las mujeres ¿qué? —dijo Zafira.

—¿Qué les hacemos a las mujeres?

—Nada, lo que importa es acabar con los hombres. Primero en esta ciudad y después en todo el planeta.

Las mujeres vampiro aplaudieron con energía. Parecía mitin político. Se escucharon porras y muestras de cariño: “Bravo Zafira”. “Por algo eres nuestra reina”. “Zafira es la mejor”.

Una vampiro levantó la mano y dijo:

—Señora.

—Dime —dijo Zafira.

—¿Y cómo le vamos a hacer para acabar con todos los hombres?

—No te preocupes, el arma mortal podrá matar a todos.

—¿Y cómo le hacemos para recolectar esclavos?

Putra madre, pensó Zafira. Cuántas preguntas. Pero ella era la reina, sabía mantener la calma y el decoro.

—Les voy a dar un folleto con la información que necesitan. Conseguir esclavos será muy fácil —dijo Zafira.

Después de un largo aplauso, las vampiro salieron de la hacienda con sus folletos en la mano. Se transformaron en murciélagos y se elevaron en el cielo. Eran una nube negra que avanzaba rápidamente. La gente que se encontraba cerca de la hacienda pensó que era el presagio de un día lluvioso. No sabían que era algo distinto, algo peor.

Mientras volaban, dos murciélagos se juntaron.

—¿Cómo ves a Zafira?, quiere matar a todos los hombres —dijo un murciélago a otro.

—Está canija.

—¿Y por qué odia a los hombres de la Tierra?

—Te voy a contar, pero no le digas a nadie. Zafira no quiere que andemos de chismosas.

—Claro, no te preocupes.

—Lo que pasa es que hace tiempo, unos astronautas mexicanos llegaron a Marte. ¿Puedes creerlo? Yo creí que no había astronautas mexicanos, pero bueno.

El caso es que Zafira les dio la bienvenida y todo estaba muy bien. Pero uno de los astronautas tuvo un romance con ella. Y un día, el astronauta le dijo: “Ahorita vengo, voy por cigarros”. Y nunca volvió.

—Ahora entiendo, se quiere vengar.

—Y lo va a lograr. Nadie podrá detener a Zafira. Nadie.

Capítulo 8

El Doctor Orko buscó en Google Maps, Facebook, hospitales, manicomios, oficinas de gobierno, y no encontró al Moco. ¿Qué estaría haciendo un hombre con máscara en estos días?

Fue a las luchas y nadie supo darle razón. Los luchadores mencionaban el nombre del Moco con una sonrisa, pero todos hablaban en pasado, como si fuera una leyenda o un cuento viejo.

Pasó varios días sin saber qué hacer. Pero una noche, se le prendió el foco. Recordó un programa de gobierno que se llamaba: “Hacemos esto para vigilarte y no hay otra explicación que lo justifique”. El gobierno nunca ha sido bueno para poner nombres.

Se trataba de una base de datos de huellas digitales. Sólo tenía que meter una huella digital en la computadora y la máquina le indicaría el último lugar donde estuvo la persona.

El día que el Doctor fue a las luchas con su esposa, le pidió un autógrafo al Moco. Por suerte, todavía lo tenía. Lo puso en el escáner. La máquina reconoció la huella y empezó a buscar. A los pocos minutos, se arrojó un resultado: Cementerio Hidalgo.

El Doctor sintió que le faltaba el aire. Pensó que todo estaba perdido. Si el último lugar donde estuvo el Moco fue un cementerio, quiere decir que estaba muerto.

Tomó agua y se echó aire con unas hojas de papel. Se controló y decidió investigar.

El cementerio era pequeño. Casi todas las tumbas estaban cubiertas por pasto. Todo el lugar se veía abandonado. Incluso, había envases de refresco y bolsas de plástico en los pasillos.

La máquina había señalado una tumba: F4. El Doctor Orko la encontró, en la lápida decía: Jacinto Flores.

Una muchacha, morena y de brazos gordos, dejó unas flores en la tumba.

—¿Conocías a Jacinto? —dijo Orko.

—¿Cuál Jacinto? —dijo la muchacha sorprendida.

—El de la tumba.

—Aquí no hay ningún Jacinto, aquí está mi mamá, Rosalba Ramos.

—¿Rosalba?

—Sí, el nombre está mal.

—¿Estás segura?

—Claro, yo la enterré. No sé quién habrá puesto ese nombre de Jacinto, pero ya lo voy a cambiar.

El Doctor Orko entró al laboratorio y prendió su computadora. Después de llenar su cabeza con teorías, pensó: “Jacinto Flores. Será posible, ¿será él?”. En la computadora escribió: Jacinto Flores.

Al otro día, Betty entró al laboratorio. El Doctor seguía pegado a la computadora. Había trabajado toda la noche.

—Papá, no dormiste, ¿verdad? —dijo Betty seria.
—Lo encontré —dijo el Doctor feliz.
—¿A quién?
—Al héroe.
—¿De quién hablas? —dijo Betty desconcertada.
—Hace diez años, Jacinto Flores compró un local y una casa. Pero antes de eso no hay registros de Jacinto Flores, ¿sabes por qué?
—No.
—Porque Jacinto Flores no existe.
—¿Y eso qué? —dijo Betty sin entender a su papá.
—La persona que compró el local y la casa se dice llamar Jacinto Flores, pero no es Jacinto Flores, es alguien más.
Jacinto tomó el teléfono y marcó un número. Casi de inmediato, se escuchó la dulce voz de una mujer.
—Hola papito, me llamo Roxy, pero tú dime como quieras —dijo la voz.
Jacinto estaba tenso, pero al escuchar la voz de la mujer se relajó. Era como una medicina que curaba todas sus heridas.
—Hola, Margarita —dijo Jacinto muy amigable.
—¿Jacinto?
—¿Cómo estás?
—¿Por qué me hablas?, te dije que ya no me podías hablar —dijo Margarita molesta.
—Pero somos amigos, sólo quería saludarte.
—Ya te dije que no somos amigos. Eres simpático, pero no somos amigos, éste es mi trabajo —dijo Margarita.
—Pero me dijiste que te podía hablar.
—Sí, para que me digas tus fantasías y todo eso.

—Pero...

Se escuchó un ruido afuera de la casa.

—Espera —dijo Jacinto y se asomó por la ventana. Estaba lloviendo. Había charcos por toda la calle.

De un automóvil salió un hombre con gabardina y paraguas. Caminó unos pasos y tocó la puerta.

—Me tengo que ir —dijo Jacinto y colgó.

El hombre volvió a tocar.

Jacinto no sabía quién era ese hombre. De hecho, nunca tenía visitas. Saludaba a sus vecinos y era amable, pero nunca tenía visitas.

Decidió abrir. Su curiosidad era más grande.

—¿Jacinto Flores? —dijo el hombre.

—Dígame.

—¿Puedo pasar?

—Pase.

El hombre cerró el paraguas y entró, era el Doctor Orko.

—¿Qué se le ofrece? —dijo Jacinto.

—Lo he buscado por todas partes.

—Se equivocó, el bar gay está más adelante.

—Soy el Doctor Orko, científico del CUQUI, una organización que se encarga de criminales extraños y peligrosos.

El Doctor le entregó su tarjeta de presentación. Jacinto la vio de reojo.

—¿Y qué quiere conmigo?

—Necesitamos su ayuda. En la ciudad hay mujeres vampiro de Marte. Y son muy peligrosas, yo diría que mortales —dijo el Doctor, recordando a los soldados de Garritos.

—Se volvió a equivocarse, Batman vive en ciudad Gótica, yo soy zapatero —dijo Jacinto indiferente, no era su problema y no le importaba.

El Doctor sonrió y dijo:

—No me engaña, usted no es zapatero, y no es Jacinto Flores, porque Jacinto Flores no existe.

Jacinto bajó la mirada.

—Usted es un héroe, una leyenda, ¡usted es El Moco Vengador!

Al decir Moco Vengador, El Doctor alzó la voz emocionado. Pero Jacinto no dijo nada. Se quedó quieto.

—No lo niegue, es usted, estoy seguro —dijo el Doctor.

Jacinto movió la cabeza de un lado a otro, quería salir corriendo.

—Moco, ¿te molesta que te diga Moco? —dijo el Doctor—. No me interesa tu pasado, no quiero saber por qué dejaste de luchar, lo que me importa es que estás aquí. Tú eres el símbolo de lo bueno, de la esperanza, de...

—¡Basta! —dijo Jacinto enojado—. No soy ese que dice...

Después de un largo silencio, Jacinto agregó:

—Tal vez lo fui, pero eso fue hace mucho.

Jacinto sintió que su vida pasaba frente a sus ojos. Un héroe. Tal vez. Pero ya no.

—Es hora de volver —dijo el Doctor.

—No puedo —dijo Jacinto.

—Moco, por favor...

—No me diga así, yo soy Jacinto Flores.

—Por favor, piensa en la gente de la ciudad...

—¿Qué no entiende?, ¿no soy claro? Mi nombre es Jacinto Flores.

—¿Qué te pasó?, a ti te importaba la justicia y la paz, y...

—Tengo sesenta años. Estoy muy viejo para usar mayas y máscara —dijo Jacinto.

—No me importa tu edad, tú eres El Moco —dijo el Doctor.

—Ya no.

Jacinto bajó la cabeza y no la volvió a levantar. El Doctor quería decir algo más, pero lo vio tan derrotado que decidió no hacerlo. Los demonios que Jacinto tenía en la cabeza eran más grandes que Orko.

—Está bien, como quieras. Pero piénsalo, eres todo lo que tenemos —dijo el Doctor.

Jacinto abrió la puerta.

—Ya tienes mi tarjeta, por si cambias de opinión —dijo el Doctor y salió.

Jacinto miró la tarjeta. En la parte superior decía: CUQUI (Centro Ultra Secreto Que Combate Infractores Importantes).

Capítulo 9

Jacinto estaba en el techo de un edificio, de repente, una mujer de pelo corto caminó hacia la cornisa.

—¡Alicia! —gritó Jacinto.

La mujer, sin hacerle caso, siguió caminando.

Jacinto corrió hacia ella, pero momias de Guanajuato se cruzaron en su camino. Las intentó quitar con patadas, pero las momias caían al suelo y casi de inmediato se volvían a poner de pie.

—Alicia, espérame.

Los pies de Alicia llegaron a la orilla del edificio, su cuerpo se balanceaba en el aire.

Cuando Jacinto estaba a punto de acabar con todas las momias, aparecieron más. Y más, y más, y más. Había momias por todos lados. No podía con todas.

Alicia se hizo para adelante, estaba a punto de caer.

—¡Alicia!

Jacinto despertó. El sueño era cada vez más real, cada vez más insoportable. Se levantó y fue a la cocina por un vaso de agua. Se sirvió y segundos después, tiró el vaso al suelo. Las manos de Jacinto temblaban. Respiró profundamente. Trató de calmarse.

Al otro día, Jacinto estaba ojeroso. No pudo dormir. Se tomó un café y salió a dar una vuelta por la ciudad. Era domingo, y los domingos no abría la zapatería.

Fue a las librerías de Donceles y compró dos libros. Después se subió al metro y se bajó en Ermita. Caminó hasta llegar a un gimnasio. El nombre del gimnasio era: “Lagartija”.

En el interior, varios muchachos estaban practicando box. Algunos saltaban la cuerda, otros le pegaban a la pera y otros pelaban entre sí.

En un cuadrilátero, dos jóvenes entrenaban lucha libre. Uno de ellos se impulsó con las cuerdas y se lanzó con la cabeza por delante. El otro lo detuvo y le aplicó una llave. Después de unos segundos lo soltó. El joven se volvió a impulsar con las cuerdas, salió disparado como flecha. El otro no lo pudo detener y recibió un fuerte golpe.

Recargado en una pared, un hombre miraba la lucha. Estaba parado en las sombras, como si escondiera algo. Tenía un parche en el ojo izquierdo y un bastón en la mano derecha.

Al terminar la lucha, el hombre caminó a una oficina que estaba en el fondo del gimnasio.

Jacinto le gritó pero el hombre no lo escuchó. Caminaba apoyándose con el bastón y sumido en sus pensamientos.

El hombre entró a la oficina y cerró la puerta. Casi de inmediato, Jacinto abrió.

—¿Quién es?, ya les he dicho que...

El hombre dejó de hablar cuando vio a Jacinto.

—¿Eres tú? —dijo el hombre sorprendido.

—Creo que sí —dijo Jacinto.

Se abrazaron.

—¿Cómo estás, Pancho? —dijo Jacinto.

—Bien, pero tú, ¿cómo estás? Hace mucho que no venías —dijo Pancho contento.

—No había podido venir, estaba ocupado.

—¿Diez años?! —dijo Pancho un poco serio. Sonaba a regaño, pero Pancho estaba feliz de ver a su amigo.

—Estaba haciendo cosas —dijo Jacinto apenado. No se le ocurrió ningún pretexto.

—Me da mucho gusto verte. ¿Quieres un tequila?

—Sí, está bien.

De un archivero, Pancho sacó una botella de tequila y dos vasos de plástico.

La oficina de Pancho era pequeña, tenía un archivero y un escritorio. En una pared había un calendario con una mujer de pechos grandes y en otra pared, había recortes de periódicos, eran viejos anuncios de peleas. Lucha libre en la Arena México.

Pancho sirvió el tequila. Jacinto tomó muy poco, apenas para mojarse los labios.

—Pos cuéntame, ¿qué has hecho? —dijo Pancho.

—Sobrevivir —dijo Jacinto con una risa entre cortada. No era broma, era la verdad.

—Ya lo sé, pero cuéntame, ¿has luchado?

—No, cómo crees, eso lo dejé hace mucho.

—Pos sí, pero ¿a poco no te dan ganas?, como en los viejos tiempos —dijo Pancho y sonrió.

—No digas eso —dijo Jacinto mirando el piso.

—Hay días que me dan ganas de treparme al ring —dijo Pancho pensativo. Estaba recordando el pasado, su pasado.

—¿En serio? —dijo Jacinto sorprendido. No esperaba que Pancho le dijera eso.

—Claro, tienes que reconocer que yo era mejor.

—Si tú lo dices.

—La verdad, sí estabas cabrón.

—Te quiero contar algo.

—Sabía que no habías venido de gratis —dijo Pancho y se sirvió otro tequila.

—El otro día fue a verme un científico del CUQUI.

—¿Qué es eso?

—Es algo así como una policía.

—¿Y?

—Me pidió que lo ayudara, que hay mujeres vampiro en la ciudad —dijo Jacinto. Sólo decirlo era absurdo pero lo que más le sorprendió, fue la contestación de su amigo.

—¿Y qué esperas?

—No voy a ir.

—¿Por qué no?

—Porque ya no hago eso, soy un viejo, igual que tú.

—Yo estaré viejo, pero no pendejo. Si no fuera por esta pierna, estaría luchando —dijo Pancho.

—¿Lo dices de verdad? —dijo Jacinto incrédulo.

—Claro que sí.

—Pues ya les dije que no.

—¿Y por qué?

—Ya te dije, ya no hago eso.

—Te conozco, sé lo que estás pensando, no aceptas ese trabajo por Alicia.

Jacinto se quedó en silencio. Pancho le había dado donde más le dolía, donde tenía las heridas más profundas.

—Ya suelta eso, lo de Alicia no fue tu culpa —dijo Pancho tratando de animar a su amigo.

Después de tomar aire, Jacinto dijo:

—Pero pude evitarlo, pude hacer algo.

—Pero antes estaba tu deber, y tú lo sabías, y ella lo sabía.

—Y mira cómo salió.

—Olvida el pasado y acepta esa misión.

—No puedo, Pancho.

—Claro que puedes. ¿O no lo recuerdas? La máscara era una responsabilidad y un trabajo, y tu vida.

—Ya estás borracho —dijo Jacinto mirando la botella de tequila.

—No estoy borracho, acepta esa misión.

—No puedo —dijo Jacinto tajante.

Pancho apretó el mango de su bastón.

Jacinto dejó su vaso y se dirigió a la puerta. Pancho le dio un golpe al escritorio. Jacinto se volvió hacia él.

—No te puedes ir así —dijo Pancho.

—¿Qué quieres?, ¿qué quieren todos de mí? —dijo Jacinto desesperado.

—Queremos que tomes tu lugar en el mundo, que seas quién eres.

Capítulo 10

En la noche, Jacinto no dejaba de pensar en las palabras de Pancho. La plática con su amigo se repetía una y otra vez en su cabeza. “La máscara era una responsabilidad, y un trabajo, y tu vida”.

¿Qué era su vida ahora? ¿En qué momento tiró todo por la borda? ¿Hubiera hecho algo distinto? ¿Hubiera tomado otras decisiones?

Al otro día, Jacinto se subió a un microbús y escuchó la conversación de dos señoras.

—¿Vio las noticias, comadre?

—No, ¿qué dijeron?

—Encontraron a otro hombre muerto.

—¡Dios mío! Ya son muchos.

—Diez.

—¿Y el gobierno qué está haciendo?

—Esos no hacen nada —dijo la mujer indignada—, lo único que hacen es robar.

—No diga eso, deben estar haciendo algo —dijo la señora en tono amable.

—Ay comadre, de verás que usted es bien inocente.

—Entonces, ¿estamos solos? —dijo la comadre preocupada.

—Eso parece.

Jacinto se bajó del microbús y caminó pensativo. Sintió que esas mujeres le estaban reclamando. Estamos solos, dijo la señora. Y otra vez pensaba en las palabras de Pancho.

En la tarde, afuera de la zapatería, Pepe estaba comiendo una torta de jamón. Pepe era un niño de la calle que se había vuelto amigo de Jacinto. Tal vez, el único amigo de Jacinto, su única compañía en ese momento.

Jacinto tomó un refresco y salió de la zapatería. Se lo iba a dar a Pepe. Entonces, llegaron Cris y sus amigos. Estaban fumando un cigarro que olía a petate quemado.

Cris se quedó viendo a Pepe.

—¿Qué? —dijo Pepe.

—Presta —dijo Cris y le arrebató la torta.

—Dámela Cris, dámela.

—Está bien, no te esponjes.

Cris le dejó la torta al alcance de la mano. Pepe trató de agarrarla, pero de inmediato, Cris la hizo hacia atrás. Pepe quería llorar. Cris la volvió a dejar al alcance de su mano y cuando estaba por tomarla, se la volvió a quitar. Esa escena se repitió varias veces.

Finalmente, Cris levantó el brazo para tener la torta en alto. Pepe brincaba para tratar de recuperar su alimento, pero era inútil, Cris era muy alto para él.

Cris y sus amigos se reían cada vez que Pepe daba un brinco. Se veía muy chistoso.

En uno de los brincos, Cris le dio una patada y Pepe cayó al suelo. El niño empezó a llorar. No tenía mamá, ni papá, ni casa y ahora no tenía torta.

Jacinto vio todo y no pudo más. Corrió hacia Cris y lo sujetó del cuello. Lo apretó fuerte, con una fuerza que nadie le conocía.

—Suelta la torta —dijo Jacinto.

Cris le dio la torta a Pepe.

Jacinto levantó a Cris, sus pies dejaron de tocar el suelo. Los amigos de Cris querían ayudarlo pero se quedaron quietos, no podían creer lo que estaba pasando.

—Ya no te quiero ver en esta colonia —dijo Jacinto.

—Ajá —dijo Cris con la cara morada y los ojos llenos de angustia.

—Otra cosa.

—Ajá.

—Me debes treinta pesos de tus tenis.

Cris le dio un billete de cincuenta.

—No traigo cambio, luego te lo doy —dijo Jacinto.

—Ajá.

Jacinto lo soltó. Cris recuperó el aire y se fue corriendo. Jacinto respiraba por la boca, estaba agitado, como si hubiera subido una montaña; pero sus manos estaban firmes, más firmes que nunca.

—Muchas gracias —dijo Pepe en un tono dulce. Esa fue la primera vez que alguien defendió a Pepe.

—De nada, eres como un hijo para mí, Pedro.

—Pepe.

—Pepe. Lo importante es que estás bien.

Jacinto le acarició el pelo, pero no como un perverso, más bien como un padre a un hijo.

Jacinto entró a la recámara. De una pequeña caja sacó una llave plateada. Luego abrió el ropero. Tenía un saco, algunas camisas, dos pares de zapatos y una caja de madera.

Abrió la caja con la llave plateada. Del interior, sacó su traje. Se quitó la ropa que traía y se puso las mayas, los calzones, las botas, la capa, y por último la máscara.

Estiró los cordones hasta que la máscara se ajustó a su cabeza. Se amarró cuidadosamente y sintió una leve punzada en el estómago. Era emoción y nervios.

Entró al baño. En el espejo ya no estaba Jacinto Flores, estaba El Moco Vengador.

Capítulo 11

El Moco Vengador salió a la calle y se subió al primer taxi que pasó.

—¿A dónde? —dijo el taxista.

—¿Conoce este lugar? —dijo El Moco y le mostró la tarjeta que El Doctor le había dejado.

El taxista examinó la dirección y dijo:

—Sí, joven. Ahorita llegamos.

El taxi era un Tsuru color dorado. En una de las ventanillas estaba la tarjeta de identificación del chofer. La tarjeta tenía la foto y el nombre. Cleto Juárez. Así se llamaba el conductor.

Mientras el vehículo avanzaba, el taxista veía al Moco en su espejo retrovisor. La imagen era interrumpida por una pequeña pelota de fútbol que estaba amarrada en el espejo.

—Joven —dijo el taxista.

—Dígame —dijo El Moco.

—Siento que lo he visto en algún lado, ¿es actor o algo así? —dijo el taxista intrigado.

—Digamos que algo así.

—¿Es de las telenovelas?

—Mi vida podría ser una telenovela.

—Chale, no se la jale.

—Es la verdad.

—¡Ya sé!, claro, la máscara, la capa, usted es el Hombre Araña —dijo el taxista emocionado.

El Moco, un poco enojado, dijo:

—No, no soy el Hombre Araña. El Hombre Araña no usa capa.

—¿No?

—No

—¡Ah, ya sé!, claro, usted es Aquaman.

—No, no soy Aquaman.

—¿No? —dijo el taxista incrédulo.

—Aquaman tampoco usa capa y además vive en el agua —dijo el Moco.

—Ah.

El taxi recorrió las calles de la ciudad. Los ojos del Moco vieron edificios, casas, tiendas. Eran los lugares de siempre y sin embargo, parecían distintos. Algo había cambiado. Tal vez era por la máscara. Tenía muchos años sin usar la máscara. Era una sensación extraña. Tenía calor y un poco de comezón, como si estuviera usando calzones nuevos que le quedan un poco apretados.

El taxi llegó a un edificio de veinte pisos. El Moco estaba por bajarse, pensó que había llegado a su destino, pero el taxi se pasó de largo.

Después de una hora de camino, el taxi se detuvo. Estaba frente a un edificio de tres pisos. Parecían oficinas, tal vez de gobierno. Pero eso fue hace mucho tiempo. El edificio era una reliquia.

—Servido, joven —dijo el taxista.

—¿Es aquí? —dijo el Moco.

—Aquí mismo.

—Debe ser un error.

—No, aquí es.

El Moco salió del taxi y miró a todos lados.

—¿Y si preguntamos? —dijo el Moco dudando.

—¿Se queda? —dijo el taxista, casi era una orden.

El Moco le pagó al conductor y caminó al edificio. La puerta tenía una pequeña bocina. Tocó el timbre, y de la bocina salió la voz de una mujer:

—Dígame.

—Soy El Moco Vengador.

Su nombre era su tarjeta de presentación. La gente se llenaba de alegría al oírlo, pero en esta ocasión, lo que recibió fue:

—¿Y?

—Estoy buscando al Doctor Orko.

—Espere.

El Moco Vengador estaba nervioso. Por un momento, pensó que todo era una broma. No había mujeres vampiros, ni científicos, ni nada. Alguien quería burlarse de él.

Estaba a punto de dar media vuelta, cuando se oyó un zumbido y la puerta se abrió.

—Pase —dijo la voz.

El edificio se veía más viejo por dentro que por fuera. Había un pasillo largo, y al final estaba un policía en un escritorio. Era un hombre de cincuenta años con canas en el bigote. No traía arma de fuego, sólo una macana.

El Moco llegó con el policía. Le iba a decir su nombre, pero el vigilante dijo:

—Regístrese.

En una libreta más vieja que el edificio, el Moco escribió su nombre. También escribió la persona a la que visitaba, la fecha y la hora.

—Muy bien —dijo el policía—, ahora, de un paso atrás.

El Moco hizo lo que le dijeron. El piso se abrió y apareció una escalera de caracol. Bajó las escaleras y encontró otro lugar. Era el mismo edificio, pero nuevo, lujoso. Todos los muebles eran blancos y elegantes.

El Moco se encontró con Rosita. Estaba contestando las llamadas del conmutador.

—CUQUI, buenas tardes, un momento. CUQUI, buenas tardes, un momento. CUQUI, buenas tardes, un momento.

—Buenas tardes —dijo El Moco.

—¿Usted es el que busca al Doctor Orko? —dijo Rosita.

—Sí, aquí traigo su tarjeta.

—CUQUI, buenas tardes, un momento, CUQUI, buenas tardes, un momento. Me decía.

—Que aquí traigo la tarjeta del Doctor Orko.

—¿Cómo dice que se llama?

—Moco Vengador.

—Moco ¿qué? —dijo Rosita mientras escribía en un papel.

—Vengador.

—Espere.

Rosita llamó por teléfono al Doctor. Mientras la mujer hablaba, el Moco se sentó en un sillón y tomó una revista. Empezó a leer un artículo llamado: “¿Qué hacer si tu hombre es infiel?”.

Después de unos minutos, el Doctor apareció.

—¡Moco, que alegría! La verdad, no creí que vinieras, cuando me fui de tu casa, bueno, lo importante es que estás aquí —dijo el Doctor sin tomar aliento.

El Moco sólo dijo:

—Ajá.

—Ven, sígueme

El Moco y el Doctor entraron por una puerta y llegaron al elevador. El Doctor apretó un botón y en lugar de subir, bajaron. Las instalaciones del CUQUI estaban bajo tierra.

El Doctor y El Moco entraron al laboratorio. Betty estaba revisando unas muestras en un microscopio.

—Betty, ven —dijo el Doctor.

Betty se acercó y vio al enmascarado. No le impresionó en lo más mínimo. Estaba acostumbrada a ver cosas extrañas.

—Ella es Betty, mi hija y compañera. Él es El Moco Vengador —dijo el Doctor.

—Hola —dijo El Moco y estiró la mano.

Betty lo saludó y dijo:

—Así que tú eres el famoso Moco, he oído mucho de ti.

—Espero que bien —dijo El Moco con una leve sonrisa.

—Muy bien. No te imaginas cuánto. Mi papá tiene mucha fe en ti —dijo Betty.

—Se lo agradezco, trataré de estar a la altura de sus expectativas.

—Lo estás, Moco, lo estás —dijo el Doctor de inmediato.

—Bienvenido —dijo Betty.

—Gracias —dijo El Moco.

El Doctor llevó al Moco a la oficina del general Garritos. La oficina tenía aviones de juguete colgados en el techo, y en una pared había un cuadro lleno de medallas. Los chismes decían que los aviones eran modelos que el general sabía pilotear y las medallas eran por sus logros en batalla.

Al entrar escucharon música suave, violín y piano. Dieron unos pasos y sintieron la fina alfombra que cubría todo el piso.

—General, he venido a presentarle al Moco —dijo el Doctor.

—Está bien —dijo el general mientras revisaba unos papeles.

—Mucho gusto —dijo El Moco.

—Ey —dijo Garritos sin interés.

El Doctor pensó que el general agregaría algo a su “Ey”. Pero no fue así. Durante cinco minutos, el general no levantó la vista.

—Vámonos, creo que está ocupado —dijo el Doctor y salieron.

El general soltó los papeles y pensó:

“El Moco Vengador, yo hubiera traído a Rambo”.

El Doctor y El Moco entraron a la oficina de Mamo. El director del CUQUI estaba hablando por teléfono. Su mirada estaba clavada en una revista de mujeres desnudas.

—Dime más, dime cosas sucias, cochinas... sí, soy tu papito, soy tu...

—Buenas tardes, Mamo —dijo el Doctor en voz alta.

Mamo se asustó. Su cara se puso roja. Fue como entrar al cuarto de un adolescente.

—Era una llamada de negocios —dijo Mamo mientras colgaba el teléfono.

—Te vengo a presentar al Moco —dijo el Doctor para cambiar el tema.

Mamo se levantó de la silla y abrazó al Moco. Fue un abrazo muy efusivo

—Mucho gusto, Orko me ha platicado muchas cosas de ti. Yo creo que exagera, pero ni hablar.

—Gracias, creo —dijo El Moco.

—Pues cualquier cosa que necesites, aquí estamos.

—Muchas gracias, señor Memo.

—No, Memo no, Mamo.

—Está bien señor Memo, perdón, Mamo.

—No, Memo no, Mamo, Mamo.

—Ya entendí, Mamo.

—M, a, m, o. Mamo, Mamo.

—Ya nos vamos —dijo el Doctor y salió con El Moco.

De camino al laboratorio, volvieron las inseguridades del Moco. Ya no era un joven luchador, era un viejo con mayas y máscara. Y las personas del CUQUI no sabían quién era y no les importaba. Sólo el Doctor creía en él. ¿Sería suficiente?

Como en final de telenovela, El Moco miró fijamente al Doctor y dijo:

—No debí haber venido. Es obvio que nadie me quiere aquí.

—Lo que pasa es que no te conocen.

—Mejor me regreso a la zapatería —dijo El Moco mirando el piso.

—No digas eso. Tú debes estar aquí —dijo el Doctor con una sonrisa.

Capítulo 12

En el techo de un edificio, El Moco le dio una patada voladora a una momia. La momia cayó al suelo y casi de inmediato se levantó, pero ya no era una, eran dos. Le pegaba a una y aparecían dos. Les pegaba a dos y aparecían cuatro y así sucesivamente.

Una mujer pasó junto al Moco y siguió caminando hasta la cornisa del edificio.

—Alicia.

La mujer saltó al vacío. Un escalofrío recorrió la espalda del Moco.

El luchador despertó. Miró alrededor y por un momento, se desconcertó por estar en un lugar que no conocía. Era un cuarto con dos camas y un escritorio. El lugar era pequeño, pero confortable. También tenía televisión y en un perchero estaba su capa.

La puerta del cuarto se abrió y una voz dijo:

—¿Puedo pasar?

El Moco reconoció la voz de Betty, recordó que estaba en el CUQUI. Y recordó que volvió a la máscara, como un viejo pistolero que le quita el polvo a su revólver.

—Pasa—dijo El Moco.

—Buenos días, ¿dormiste bien? —dijo Betty.

—Sí, este... sí, bien —dijo El Moco, todavía estaba perturbado por el sueño.

Betty se dio cuenta que El Moco estaba nervioso. El luchador miraba a todas partes, como si hubiera perdido algo y su cuerpo estaba cubierto de sudor.

—¿Te encuentras bien? —dijo Betty preocupada.

—Bien, lo que pasa...

El Moco trató de ordenar sus pensamientos, y agregó:

—No quiero agobiarte con mis cosas.

—Cuéntame, ahora somos compañeros y podemos ser amigos —dijo Betty en tono amable.

El Moco sabía que podía confiar en Betty. Era una buena persona.

—Es que, fue una pesadilla, una pesadilla que no me deja tranquilo —dijo El Moco.

—Cuéntame.

—¿Te dijo tu papá que me retiré de la lucha libre?

—Sí.

—Pero probablemente no te dijo el motivo.

—No, ¿cuál fue?

—Mi esposa.

—¿Qué hay con ella?

—Mi esposa, Alicia, murió hace tiempo.

—¿Qué pasó?

El Moco tragó saliva. No recordaba la última vez que habló de Alicia. Probablemente fue en el funeral, o tiempo después. No sabía. Pero decir su nombre en voz alta era una sensación extraña. Respiró hondo y trató de no llorar.

—Llevé a mi esposa a bailar, ella necesitaba salir y yo también. Fuimos a un centro nocturno, nos tomamos

una copa y bailamos “Sopa de Caracol”. Entonces, me dijeron que un grupo de momias estaban en un edificio. Le dije a Alicia que la llevaría a la casa y después me encargaría de las momias. Ella me dijo que no había tiempo, que lo primero era el deber y...

El Moco sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué pasó? —dijo Betty.

—Encontré a las momias, estaban en el techo del edificio. Y Alicia subió, no sé por qué, supongo que estaba preocupada por mí. En ese momento, le di una patada a una de las momias y salió volando. La momia se levantó y vio a Alicia. Estaba escondida atrás de un tinaco. Corrí lo más rápido que pude. No fue suficiente. La momia la llevó a la cornisa y...

El Moco bajó la cabeza y sintió un hueco en el estómago.

—No debí haberla llevado, soy un tonto, un idiota, un...

—Pero no fue tu culpa, ella te quiso acompañar, y en todo caso, fue culpa de la momia, ella fue la que...

—¡Pero yo la llevé! —dijo El Moco alzando la voz—, si fuera un contador no hubiera pasado eso, pero no, según todos debo ser un héroe y por andar de héroe, perdí lo que más quiero en la vida.

—Perder a un ser querido es una tragedia, no te digo que no —dijo Betty—, pero debes seguir con tu vida. No puedes permitir que eso te detenga. Debes aprender a vivir con el dolor. Si Alicia estuviera viva, ¿qué diría de tu retiro?

El Moco nunca había pensado en eso: si Alicia estuviera viva, ¿qué diría? Tal vez nada, o tal vez lo

regañaría por haber dejado todo. Pero Alicia no estaba ahí, y eso no lo podía remediar.

—Vamos —dijo Betty.

—¿Adónde? —dijo El Moco.

—Con mi papá, me mandó por ti.

El Moco entró al laboratorio. El Doctor estaba en su computadora. En una mesa tenía una taza con café y una dona mordida.

—¿Qué pasa? —dijo El Moco al Doctor.

—Estuve pensando cómo matar a las vampiro. Es obvio que las armas tradicionales no sirven con ellas.

—¿Y qué se le ocurrió?

—Pensé que podemos hacer balas que por dentro tengan agua bendita —dijo el Doctor.

—Es buena idea —dijo El Moco.

Pasaron toda la mañana diseñando las balas que serían usadas por los soldados del CUQUI. Cada cartucho tendría una cápsula con agua bendita de la parroquia del Santo Niño de Acámbaro. Porque dicen que el Santo Niño es muy milagroso.

Sonó el teléfono.

—Laboratorio —dijo el Doctor.

—Vengan a la sala de juntas, tenemos reunión —dijo el general Garritos.

—Vamos para allá.

Entraron a la sala de juntas. Era un salón grande con una mesa circular. Pegado a una pared había un mueble con una televisión y una computadora. Al fondo había una mesa con bocadillos y bebidas. Tenían refresco, agua de horchata y tepache.

Todos estaban sentados alrededor de la mesa. El único que seguía de pie era Mamo, que se estaba

sirviendo tepache.

—Ya que pudo llegar nuestro Batman mexicano, vamos a empezar —dijo el general Garritos en tono irónico.

—Pido, pido —dijo Mamo al sentarse.

—¿Qué cosa pides?

—Ser el primero.

—El primero ¿en qué?

—En ir por la botella, o las cervezas, o lo que sea.

—No estamos planeando una fiesta —dijo Garritos un poco enojado.

—¿No? —dijo Mamo desanimado—, entonces ya me voy.

—No te vayas, tienes que escuchar lo que voy a decir.

—Pero no te tardes.

—El caso de las mujeres vampiro es peor de lo que pensamos. Cada noche matan a cuatro hombres y secuestran a cinco. Si esto sigue así, muy pronto van a quedar puras viejas en la ciudad. O quién sabe, tal vez sigan las viejas y después todos los demás. Así que vamos a vigilar los lugares que frecuentan los hombres.

—¿Por ejemplo? —dijo Betty.

—Cantinas, estadios de futbol, table dance...

—Museos —dijo el Doctor.

Garritos lo miró y movió la cabeza de un lado a otro, como diciendo: “No seas teto”.

—Quise decir, museos no. Los hombres no vamos a museos —dijo el Doctor apenado.

—Bien señores, vamos a trabajar —dijo Garritos.

Capítulo 13

En la cantina “Flor de Mayo”, los clientes llegaban uno tras otro. Era viernes y quincena, un día perfecto para tomarse un trago.

Afuera de la cantina, varias personas examinaban a todos los que entraban y salían. Parecían policías del alcohol. Los vigilantes eran El Moco Vengador, Garritos y un comando de cinco soldados.

—Equipo azul a equipo rojo, responda equipo rojo —dijo Garritos por radio.

—Aquí equipo rojo.

—¿Han visto algo?

—Negativo.

El general vio su reloj. Ya eran dos horas de vigilar y no pasaba nada. Mientras que otros generales están combatiendo terroristas, Garritos estaba afuera de una cantina, oliendo el tufo de los borrachos. Definitivo, hubiera preferido hacer otras cosas.

—Nosotros tampoco hemos visto nada, nos disponemos a partir. Cambio —dijo Garritos.

El general apagó el radio y se dirigió a los soldados.

—Vámonos.

—Mi general, con todo respeto, ¿qué le parece si vamos por unos tacos de la esquina?, se ven muy buenos —dijo un soldado.

—Está bien, vamos —dijo Garritos. Después de todo, él también tenía hambre.

Los soldados se encaminaron hacia el puesto de tacos.

—¿No viene? —dijo Garritos al Moco.

—No, aquí los espero.

—No va a pasar nada. Vámonos.

—Vayan ustedes.

—Como quiera —dijo Garritos alzando los hombros.

El taquero partió carne, la puso en una tortilla y le agregó cilantro y cebolla. La carne estaba llena de grasa, pero se veía jugosa.

—¿Qué le servimos? —dijo el taquero a Garritos.

—Dame dos de maciza.

—Ahorita le damos su maciza.

—¿Qué pasó?, no se lleve —dijo Garritos molesto.

—No sé enoje mi güero, es sin albur. ¿Y de tomar?

—Un refresco de manzana.

—Ahorita le damos su manzana.

Los soldados pidieron de tripa y lengua.

—¿La salsa pica? —preguntó Garritos al taquero.

—¿A qué sabe la torta de huevo?

—¿A qué?

—A huevo.

El Moco se acercó a una ventana y con la mirada repasó a todos los clientes. Se fijó en una pareja que estaba cerca de la puerta. Ella tenía una rosa en la mano, y él le decía cosas al oído. Cada uno tenía una cuba. Estaban enamorados. El Moco suspiró. No lo pudo evitar. Recordó la última vez que estuvo con Alicia.

Dio unos pasos para alcanzar a Garritos. Como había dicho el general, no iba a pasar nada. Entonces, una mujer de caderas anchas salió de la cantina. Iba del brazo de un hombre. El Moco percibió algo en aquella mujer, algo que no le gustó, algo que le recordó los viejos tiempos.

—Disculpe, señorita, ¿cuál es su nombre? —dijo El Moco.

La mujer soltó al hombre y siguió caminando.

—Señorita, espere, quiero hablar con usted.

El Moco iba atrás de ella, trataba de alcanzarla.

—Señorita.

La mujer volteó, y con un gruñido se le fue encima. Era una vampiro. El luchador pudo ver sus largos y peligrosos colmillos. Eran dos navajas afiladas para matar.

La vampira intentaba morder la yugular del Moco, pero el luchador la detenía de los brazos. Ella era muy fuerte, cualquier hombre hubiera sucumbido en el acto.

El Moco la apretó con fuerza y la lanzó por los aires. La vampiro se impactó en un automóvil. La alarma del vehículo se encendió.

Garritos llegó corriendo.

La vampiro recuperó el aliento y se alejó volando.

—¿Estás bien? —dijo Garritos al Moco.

—Es fuerte, más fuerte de lo que esperaba —dijo El Moco.

Capítulo 14

Un objeto negro volaba en el cielo. Se movía a gran velocidad. Cruzó la ciudad y llegó a la hacienda de Santa Rita de Migajón.

El objeto incrementó su tamaño y se convirtió en una mujer. Su pelo estaba revuelto y su cara más blanca de lo normal.

La mujer vampiro recorrió todas las habitaciones hasta encontrar a Zafira. La reina estaba peinando su negra cabellera.

—Zafira, reina mía, tengo que contarte algo.

La vampiro tenía la boca seca y sudor en la frente.

—¿Qué pasa, hija? —dijo Zafira intrigada.

La vampiro le contó su encuentro con el enmascarado. Le habló de su capa, de sus mayas, y de su increíble fuerza.

Después de escuchar el relato, Zafira dijo:

—Y este enmascarado que dices, ¿estaba solo?

—Creo que estaba con otros, pero él me venció. No lo podía creer. Luché con todas mis fuerzas, pero me contuvo con sus manos. Es poderoso, increíble y su máscara brilla como la luna en la noche.

La mujer vampiro estaba impactada, el enmascarado era un rival como ningún otro.

—¿Qué vamos a hacer con ese hombre? Es magnífico, grandioso.

—Ya cálmate, ya no le pongas crema a tus tacos, como dicen aquí —dijo Zafira, minimizando todo lo que había escuchado.

Era cierto, el enmascarado era increíble, pero la reina conocía a los terrícolas. Sabía que en el fondo, todos los hombres son iguales.

Con la mente, convocó a todas las mujeres vampiro.

“Venid, hijas mías, venid al cuarto principal. Zafira, su reina y señora, tiene un mensaje importante”.

Las vampiro fueron entrando poco a poco, hasta que la habitación se llenó.

—Mis queridas hijas —dijo Zafira—, quiero decirles que todavía no terminamos de reparar el arma mortal.

Las vampiro se pusieron tristes. Ellas querían continuar con el plan de su reina. Sin embargo, Zafira agregó:

—No se preocupen, falta poco. Pero ahora me inquieta otra cosa. Su hermana, aquí presente, me acaba de contar que luchó contra un enmascarado y la venció.

La noticia cayó como un balde de agua fría para las vampiro. Ningún hombre de la Tierra había podido derrotar a una de ellas. Todos terminaban muertos o como esclavos.

—Al parecer, este enmascarado es especial. Por lo que su misión es buscarlo y encontrar alguna debilidad que pudiera tener. Los terrícolas son fáciles de entender. Sólo les interesa la bebida, las mujeres y el fútbol. Así que vuelen hijas mías, vuelen.

Un grupo de murciélagos salió de la hacienda. Era una torre negra que volaba entre las nubes.

Betty caminaba por los pasillos del CUQUI. Era tarde, se había quedado a terminar unos pendientes.

Pasó por el gimnasio. La luz estaba encendida. El Moco estaba haciendo pesas. Una y otra vez levantaba la barra. No se detenía ni para tomar aire. Estaba cubierto de sudor.

Betty entró al gimnasio y le dijo al Moco:

—¿Estás haciendo ejercicio?

—No, estoy preparando una ensalada.

—¿Qué?

—Perdona, estoy estresado por el combate de hace rato.

—Mi papá me dijo que acabaste con un vampiro. Que felicidad —dijo Betty emocionada.

—Faltó muy poco para que me mordiera. No sé qué estaba pensando cuando acepté este trabajo. Soy un viejo, no debo hacer estas cosas —dijo El Moco.

—No digas eso, tal vez estés grande, pero como dice mi papá, eres un héroe. Y los héroes tienen derecho a dudar. Ganaste una batalla y estoy segura que ganarás la guerra —dijo Betty.

—¿De verdad crees eso?

—Por supuesto. Como dice mi papá, eres lo que necesitamos. Ahora lo sé —dijo Betty convencida.

El Moco sonrió. Hace mucho que una mujer no lo veía con admiración y respeto. Era una sensación agradable. Cualquier hombre queda rendido ante una mujer, hasta los que usan máscara.

—¿Ya te vas? —dijo El Moco.

—Sí, ya me iba —dijo Betty.

—Yo no tengo sueño. Voy a dar una vuelta en el carro que me dieron.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, vamos.

El Moco y Betty llegaron a una cafetería y se sentaron junto a la ventana. Era uno de esos lugares que tiene sillones, mesas rústicas, y un cantante con guitarra que antes de comenzar a cantar dice, hermanos.

Frente a la cafetería, una cosa se movió entre las ramas de un árbol. Era un murciélago. La mujer vampiro se concentró y mentalmente contactó con su reina y señora.

“Zafra, ama y señora, ¿me escucha?”

“¿Qué pasa, hija?”

“Ya encontré al enmascarado.”

“Muy bien, hija.”

“Como dice usted, a los hombres de la Tierra sólo les interesa la bebida, las mujeres y el fútbol.”

Después de platicar y tomar un capuchino con leche entera, un shot de canela y aroma de buganvilia, El Moco y Betty fueron a la casa de ella. Vivía en un fraccionamiento que tenía una caseta de vigilancia en la entrada. Un policía, chimuelo y sonriente, cuidaba el lugar.

—Buenas noches, señorita —dijo el policía cuando los dejó pasar.

El Moco se estacionó y le dijo a Betty:

—Gracias por la compañía, me hacía falta.

—De nada, nos vemos mañana.

La mujer entró a su casa y El Moco salió del fraccionamiento feliz. El momento que pasó con Betty lo relajó y lo hizo pensar en otras cosas.

Betty entró a su recámara y se quitó los zapatos.

Una extraña neblina entró por la ventana y recorrió las paredes. Betty sintió frío. Sus manos se pusieron azules. Era un frío que calaba los huesos.

Y de repente, una mano tocó su hombro.

El Moco se levantó muy temprano, estaba listo para la acción. Había superado las dudas que le atormentaban.

El teléfono sonó.

—Aquí El Moco —dijo al contestar.

—Pasa a la recepción, hay algo para ti —dijo Rosita.

—Voy.

El Moco se preguntó qué podía ser. No esperaba nada de nadie.

—¿Qué pasó? —dijo El Moco.

—Acaban de traer esta carta para ti —dijo Rosita y le entregó un sobre.

—¿Quién la trajo?

—Una mujer.

La carta decía:

Si quieres ver de nuevo a tu amiga, ven a la hacienda de Santa Rita de Migajón. Y ven solo. Si no sabes dónde está la hacienda, en el reverso encontrarás un mapa. Es fácil de llegar. Es rumbo a Toluca, pasando un taller llamado “El Talachas”. Ahí trabaja Don Pepe. Es un señor de bigote ancho y panzón.

Besos.

Atte.

Zafira, la reina de las mujeres vampiro.

En el sobre venía una foto de Betty.

Capítulo 15

El Doctor caminaba por todo el laboratorio sin rumbo fijo. Tenía la carta en las manos y repetía una y otra vez: “No puede ser, no puede ser”.

El Moco lo miraba y no decía nada. Se sentía culpable. Sólo pensaba: “Seguramente, nos siguieron hasta la casa de Betty. Las vampiro son astutas, tal vez demasiado”.

Después de un largo silencio, El Moco dijo:

—No sabe cómo lo siento, Doctor. Todo es mi culpa.

—Tenemos que pensar qué vamos a hacer —dijo el Doctor.

—Tengo que ir por Betty. No puedo permitir que suceda otra vez —dijo El Moco en voz baja.

La puerta del laboratorio se abrió y entró el general Garritos.

—Hemos localizado la hacienda de las mujeres vampiro —dijo el general.

—¿Dónde está? —dijo el Doctor.

—Por la carretera que lleva a Toluca, pasando un puesto de quesadillas.

—¿Y qué hacemos?

—No se preocupe, ya estoy organizando el operativo.

—No pueden hacer eso. La reina de las vampiro me quiere a mí —dijo El Moco.

—Ya sé lo que quiere, pero no le vamos a dar gusto, vamos a realizar un ataque masivo —dijo Garritos sin expresar ninguna emoción. Para él, organizar operativos era cosa de todos los días.

—No, ella me quiere a mí, sólo a mí —dijo El Moco tratando de imponer su argumento.

El general no contestó. No quería pelear con un hombre que usa mayas.

El Moco dio media vuelta y salió del laboratorio. El general lo alcanzó en el pasillo y dijo:

—¿Adónde va? Yo doy las órdenes.

—A mí no.

El Moco caminó rumbo al elevador. El general tomó el radio que tenía en su cinturón.

—Seguridad, habla el general Garritos —dijo por radio.

—Dígame, general.

—Quiero que arresten al Moco Vengador.

—¿Escuché bien?, ¿quiere que arrestemos al Moco?

—De inmediato.

—Está bien, general.

El Moco llegó al elevador y apretó el botón. Las puertas se abrieron. Del interior, salieron cuatro hombres vestidos con traje negro.

Los hombres y El Moco se miraron durante varios segundos. Era como el duelo de una película de vaqueros. Un guiño era la diferencia entre la vida y la muerte.

Los hombres se dispusieron a sacar sus armas de las sobaqueras. El Moco le dio un cabezazo a uno y a otro le dio una patada. Luego sujetó los brazos del tercero y le aplicó una llave que le fracturó una mano.

El que seguía de pie sacó su arma y apuntó. El cañón de la pistola estaba en la cabeza del Moco. En fracción de segundos, el luchador le pegó en las manos y el arma cayó al suelo.

Para finalizar, El Moco le dio un cabezazo. El hombre quedó inconsciente.

Las manos del Moco estaban firmes, más firmes que nunca.

Estaba por entrar al elevador, cuando un dardo cruzó el pasillo y aterrizó en su nuca. El Moco sintió una punzada, era como el piquete de una abeja. Lentamente, se desplomó. El arma era muy efectiva.

El general Garritos guardó la pistola de dardos en su cinturón.

El Moco despertó. Estaba en una celda pequeña. La cama era de metal y el colchón estaba gastado. Algunos resortes se le botaban. La puerta no tenía chapa, sólo una pequeña ventana. Se asomó. Un guardia estaba parado a unos metros de distancia.

El Moco golpeó la puerta para llamar la atención del guardia.

—Soldado, necesito ayuda, por favor —dijo El Moco.

El soldado no se quería mover. Sus órdenes eran: “No te mueves. Nadie entra ni nadie sale”.

El Moco insistió:

—Se lo ruego, ayúdeme. Me duele el estómago. Por favor, venga.

El guardia pasó una tarjeta electrónica por una ranura, y abrió un poco.

—¿Qué le pasa? —dijo el soldado.

El Moco le dio una patada a la puerta. La ventana se estrelló en la cabeza del guardia y se desmayó.

El Moco se metió a los conductos de ventilación. Se arrastró por el interior del CUQUI, igual que una rata o una cucaracha. Pasó por encima del laboratorio, el cuarto de armas, la oficina de Mamo y la sala de juntas.

El luchador pudo ver al general Garritos. Seguía preparando el operativo. El Moco sabía que no había tiempo que perder. La vida de Betty estaba en juego.

El Moco llegó a un ventilador y con una patada lo quitó de su lugar. Muy pronto estaría con Betty.

El Moco corría por la calle. Pensó subirse a un taxi o a un microbús, pero no traía dinero y las llaves de su carro las tenía Garritos.

Se detuvo en una esquina y se recargó en un poste para tomar aire. Una camioneta se estacionó frente a él. En el interior, un hombre y una mujer se estaban besando.

—Me encantas Tina, me súperencantas.

—Oyes, Ruperto.

—¿Qué pasó?

—¿Me amas?

—¿Ya vas a empezar? Ya te dije que sí.

—Es que me dijeron que así le dices a todas.

—No digas eso mamacita, tú eres la única.

Ruperto besó a Tina, y mientras la besaba, le acarició la pierna. Era una mujer morena y carnosa. Su piel era suave.

—Oyes, Ruper.

—¿Ahora qué?

—Nos vamos a casar como dijiste, ¿verdad?

—Claro mi reina, serás la señora de Ruperto Mendoza.

—Es que me dijeron que eso también se lo dices a todas.

—No hagas caso de chismes, lo que pasa es que... ¡ay güey!

—¿Qué?

—Alguien nos está viendo.

El Moco estaba junto a la camioneta. Miraba fijamente las llaves del vehículo. Ruperto salió y le dijo al Moco:

—¿Qué te pasa pendejo?, ¿te gusta ver? Pinche fisgón.

Al no ver ninguna reacción, Ruperto le lanzó un rechazazo. El luchador esquivó el golpe y le agarró el brazo. En seguida se lo torció.

—Necesito que me prestes tu camioneta —dijo El Moco.

—Claro, lo que quieras.

El Moco lo soltó y se subió.

—Se puede bajar, por favor —dijo El Moco a Tina.

La mujer dijo sí con la cabeza y se bajó. El Moco arrancó.

En el suelo, Ruperto se quejaba del dolor.

—¿Estás bien? —dijo Tina.

—Ya lo tenía, pero se le abrió al pendejo.

—Creo que ahí viene.

—¡No mamés!

—Me equivoqué, no es él.

El Moco estacionó la camioneta en la carretera y se echó a correr. La hacienda estaba a unos kilómetros de distancia, pero no quería que lo vieran llegar.

Entró por la parte de atrás, por una pequeña puerta que conducía a la cocina. Había telarañas por todas partes. En un estante había ollas y platos de barro, se veían muy viejos.

Caminaba sin hacer ruido. Quería llegar por sorpresa. Pero la hacienda no ayudaba, todas las puertas rechinaban.

Llegó a la sala. Había una chimenea y un espejo. Todo estaba lleno de polvo.

—Bienvenido, te estaba esperando —dijo una voz.

El Moco revisó el cuarto con la mirada. No había nadie.

—No esperaba encontrar a alguien como tú. Fuiste una sorpresa.

El Moco se dio vuelta. Zafira estaba frente a él.

—Tú debes ser Zafira —dijo El Moco.

—Mucho gusto enmascarado.

—¿Dónde está la muchacha?

—Antes quiero enseñarte algo.

—¡Dime dónde está la muchacha! —dijo El Moco enojado.

—Primero ven conmigo.

El Moco, de mala gana, acompañó a Zafira.

Entraron al patio principal. Sobre dos troncos de madera estaba la nave de las mujeres vampiro. Los esclavos estaban instalando un objeto cilíndrico. Era el arma mortal.

—¿Qué es eso? —dijo El Moco.

—Es gas venenoso. Primero mataré a todos los hombres de esta ciudad y luego del mundo —dijo Zafira.

—¿Y la muchacha?

—Ella también va a morir.

—En tu carta querías que viniera, ¡aquí estoy!, entrégame a la muchacha —dijo El Moco desesperado.

—Sólo quería que vinieras para decirte que eres un rival digno, pero vas a morir como todos —dijo Zafira con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso veremos.

El Moco subió a la nave, y de una patada tiró al hombre que estaba soldando el arma. Otro hombre intentó pegarle, pero lo esquivó y le aplicó una llave.

—Ya recordé dónde está la muchacha —dijo Zafira.

—¿Dónde está? —dijo El Moco.

—Ya se me olvidó.

—¿Qué?

—Ya me acordé.

—Déjate de juegos, ¡dime dónde está Betty!

—La muchacha está en la bodega y también hay una bomba. Así que decide, la muchacha o los hombres.

Betty estaba amarrada a una silla. Alrededor tenía cajas, pedazos de madera y telarañas que cubrían las paredes. Se movía de un lado a otro para intentar zafarse, pero era imposible, la habían amarrado muy bien.

Bajó la mirada y vio que una rata pasaba por sus pies. Lo que Betty no alcanzaba a ver, es que otra cosa estaba junto a sus pies. Una bomba.

El contador se encendió: 60, 59, 58, 57...

—No es justo, Betty debe vivir, los hombres deben vivir —dijo El Moco queriendo convencer a Zafira.

—Y otra cosa, hay bombas por toda la hacienda. Tu querida Betty volará por los aires —dijo la reina.

—¿Por qué eres tan mala? —dijo El Moco abatido. La mente de Zafira era brillante y mortal.

Zafira dijo:

—No soy mala, al contrario, soy buena. Los hombres son los que se aprovechan, los que abusan, los que no tienen piedad. Dices que no es justo, todo lo contrario, lo que hago es muy justo.

—¿Qué sucedió?, ¿por qué quieres matar a los hombres?

Zafira sabía que no tenía que dar explicaciones, pero decidió hacerlo.

—Un día le entregué mi corazón a uno de ustedes, y se burló de mí. Sólo me usó —dijo Zafira.

—Entiendo que un engaño te duela, pero los hombres de la Tierra no tienen que pagar por el error de uno.

En ese momento, el luchador se dio cuenta que no se debe vivir de los errores del pasado. El pasado te enseña, te forma, pero lo más importante es el presente. El aquí y ahora.

El Moco agregó:

—Estás llena de odio, y eso te llevará a la ruina. Yo perdí a la mujer que amé con toda el alma, pero nunca me llené de odio. Cumplía con mi deber y debo seguir en lo mismo, ahora lo entiendo.

Zafira sonrió. Era una sonrisa de burla. Lo que había dicho El Moco le parecía una tontería. El hombre de

la máscara no la entendía. Nadie la entendía. Ella era superior a los demás.

—Casi me haces reír —dijo Zafira irónica—, mejor decide, la muchacha o los hombres.

El Moco estaba en una encrucijada. No podía perder a Betty. Significaba perder a otra mujer. Y por otro lado, no podía permitir que Zafira matara a hombres inocentes. Su mente movía la balanza a un lado y a otro. Estaba indeciso.

Se escuchó un ruido. Era una especie de motor.

—¿Qué es eso? —dijo Zafira.

—No sé —dijo El Moco.

Varios helicópteros llenaron el cielo. Las hélices hacían que los muros temblaran. Todo el patio se llenó de aire y polvo. Era un caos de movimiento y ruido. De los helicópteros descendieron soldados del CUQUI.

Al ver a los soldados, Zafira dijo:

—Hijas mías, ¡maten a todos!

Las vampiro se lanzaron sobre los soldados, pero de inmediato, los uniformados accionaron sus ametralladoras. El agua bendita que estaba en las balas, cumplía con su misión. Las vampiro se desintegraban al instante. Era una batalla que los terrícolas estaban ganando.

—¡Malditos!, están matando a mis hijas —dijo Zafira.

La bala de un cañón derrumbó una de las paredes, y un tanque de guerra entró en la hacienda. La vivienda se cimbró con el movimiento del pesado tanque.

El tanque apuntó hacia la nave espacial, y disparó. Trozos de metal quedaron regados por todo el piso. La nave se hizo pedazos.

La compuerta del tanque se abrió y salieron Garritos y el Doctor.

—Desobedeciste mis órdenes —dijo Garritos.

—Tenía que hacerlo —dijo El Moco.

—¿Y Betty? —dijo el Doctor.

—Saquen a los soldados, hay bombas por todos lados —dijo El Moco.

—¿Y dónde está Betty?

—Yo voy por Betty.

—¿Te acompaño?

—No, yo puedo.

La mirada del Moco lo decía todo. Sus ojos reflejaban confianza y seguridad. El Doctor dijo:

—Está bien, ve por mi niña.

Betty escuchó los ruidos de lo que pasaba en el patio. No sabía exactamente qué era, pero sabía que era algo grande. Se imaginó que era la gente del CUQUI. Lo que no sabía, es que el contador de la bomba seguía su marcha. 39, 38, 37...

El Moco abrió todas las puertas que se cruzaban en su camino. Encontró el baño, una alacena y varias recámaras.

—Betty, ¿estás aquí?

No estaba.

En el patio, la mayoría de las vampiro estaban muertas. Aunque también había soldados desgarrados por las mortales mordidas. Pero las balas de los soldados eran efectivas.

Zafira estaba contenta por los hombres muertos, pero sabía que estaba perdiendo la guerra. Una lágrima escurrió por su mejilla. No era tristeza, era coraje.

La reina se dio cuenta que Garritos era el que daba las órdenes. Se lanzó sobre él. Lo tiró al piso y estaba por morder su cuello. Le encajaría los colmillos hasta matarlo.

Betty seguía escuchando las ráfagas de las ametralladoras. Quería gritar. Quería decirles que estaba bien, que estaba viva. Pero el pañuelo que tenía en la boca se lo impedía.

El Moco le dio una patada a una puerta. No se abrió. La volvió a patear y la madera se partió.

—Betty, ¿estás aquí? —dijo El Moco al entrar.

Dos vampiras se estaban besando. El luchador se les quedó viendo. Ellas no hicieron nada, se quedaron quietas. Después de varios segundos, El Moco salió de ese cuarto.

—Ya nos vieron —dijo una vampira a la otra.

—Acuérdate, lo que pasa en la Tierra, se queda en la Tierra.

Betty pensó que nadie la encontraría, pensó que estaba perdida. Iba a morir en aquel cuarto lleno de polvo.

Cuando los colmillos de Zafira estaban por entrar en el cuerpo de Garritos, alguien le disparó a la reina. La mujer vampiro se revolcó en el suelo y se hizo polvo.

—¿Qué pasó? —dijo Garritos al incorporarse.

—Pensé que necesitabas ayuda —dijo el Doctor.

—¿Fuiste tú?

—Casi te muerde.

—Creí que te caía mal —dijo Garritos desconcertado.

—No eres una perita en dulce, pero eres mi compañero —dijo el Doctor en tono amable.

—Gracias.

—Vámonos, El Moco dijo que hay varias bombas.

—Todos para afuera —dijo Garritos por radio.

Los soldados abandonaron la hacienda. En el patio sólo había montículos de polvo negro. Eran los restos de las mujeres vampiro. Los soldados habían ganado la guerra.

El Moco había recorrido casi toda la hacienda y no encontraba a Betty. Ya se estaba desesperando. Un dolor invadió su pecho. Iba a perder a otra mujer.

—Betty, ¿dónde estás?, ¡Betty! —gritó El Moco.

—¿Todos están afuera? —dijo Garritos.

—No, no todos —dijo el Doctor.

5, 4, 3, 2, 1, 0...

La bomba de Betty estalló y por efecto dominó, todas las bombas de la hacienda también hicieron explosión. Un manto de fuego cubrió todo el lugar. Humo y cenizas era lo único que había en aquella morada.

—Estoy seguro que lograron salir —dijo Garritos al Doctor.

—Sí, no creo que estén ahí, no creo que...

El Doctor no pudo terminar la frase.

—Miren —dijo un soldado.

Una figura caminó hacia ellos. Eran El Moco y Betty. El Doctor corrió para ver cómo estaba su hija. Betty estaba nerviosa y los oídos le zumbaban por la explosión, pero estaba viva.

El Moco miró al Doctor y a Betty. Estaban fundidos en un abrazo. Entonces, el luchador sintió algo que no había sentido en muchos años, completa y total felicidad.

Capítulo 16

El Moco se estacionó frente a un puesto de flores. El olor de las gardenias cubría la calle.

Se bajó del automóvil y compró una rosa roja. Después caminó por un pasillo que parecía un jardín. Junto a él pasaron familias, parejas, hombres y mujeres. La gente iba triste, con cierta melancolía en la mirada.

Llegó a la fila B y dio vuelta a la derecha. Atrás de un árbol estaba una tumba modesta. Era de color blanco, con una cruz y dos floreros de mármol. En una placa se podía leer: Alicia Carrasco, amada esposa.

El Moco se inclinó y dejó la rosa sobre la tumba, sintió que una tonelada de recuerdos caía sobre sus hombros.

—Hola, amor. Ya sé, hace mucho que no venía. Es que, no sé, no podía, o tal vez no quería. Es que... tú sabes. Pero ya vine y con buenas noticias. Me puse la máscara. Claro, ya no soy el jovencito que conociste, pero todavía me queda bien y todavía tengo el toque. Porque al final gané. Más bien ganamos, la gente del CUQUI y yo. Así se llama donde trabajo, CUQUI. Y es como decías, el bien gana en la tercera caída. Y

bueno, siento no haber venido antes. No volverá a pasar. Te amo, siempre te amaré. Tu recuerdo me da la fuerza que necesito para seguir mi camino.

El Moco acarició la tumba, y se fue.

El Moco entró al CUQUI. No había nadie en la entrada. Caminó por los pasillos y de repente, escuchó música. Entró al laboratorio. Todo el personal estaba ahí. Algunos bailaban “La macarena”, otros tomaban cubas y otros contaban chistes.

Mamo estaba sobre una mesa y poco a poco se quitaba la ropa. El general Garritos estaba con el Doctor y mientras le daba tragos a su cuba, le decía a un soldado:

—El Doctor es mi amigo, que digo mi amigo, es mi hermano, que digo mi hermano, es mi súper bróder. ¿Sabes por qué? Porque este cabrón me salvó la vida.

La lengua se le trababa al hablar. Estaba muy tomado.

—¿En serio? —dijo el soldado.

—¿A qué sabe la torta de huevo? —dijo Garritos.

—¿A qué?

—A huevo.

Betty tenía un vaso en la mano. Le daba pequeños sorbos a una cuba.

—¿Qué es todo esto? —dijo El Moco a Betty.

—Fue idea de Mamo.

—Tenía que ser.

—Dijo que hiciéramos una fiesta para celebrar.

—Qué bien, pero no estoy para fiestas.

—¿No te vas a quedar?

—No, no tengo ganas.

—¿Estás bien?

Betty se preocupó por un momento, pero el luchador dijo:

—Me siento mejor que nunca, pero estoy cansado.

—¿Entonces ya te vas?

—Sí, luego nos vemos.

—Te acompaño a la salida.

El Moco y Betty salieron del laboratorio. El Doctor los vio y corrió para alcanzarlos.

Llegaron al estacionamiento. Estaba oscuro y húmedo. El Moco abrió la puerta del automóvil. De la nada, apareció un muchacho con gorra, playera sin mangas y una franela en el hombro.

—¿Cómo lo ve, jefe? —dijo el muchacho.

Habían lavado y encerado el automóvil.

El Moco le dio cincuenta pesos al muchacho. Después, se dirigió a sus nuevos amigos.

—Creo que es la despedida.

—Gracias por todo —dijo Betty.

—Eres todo lo que esperaba y más —dijo el Doctor.

—Gracias a ustedes por creer en mí —dijo El Moco y salió del CUQUI.

El automóvil se perdió en las calles de la ciudad.

—¿Lo volveremos a ver? —dijo Betty.

El Doctor sonrió, y dijo:

—Ojalá. Porque en un mundo que necesita héroes, el mejor de todos es El Moco Vengador.

Índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2	15
Capítulo 3	21
Capítulo 4	25
Capítulo 5	35
Capítulo 6	39
Capítulo 7	45
Capítulo 8	49
Capítulo 9	55
Capítulo 10	61
Capítulo 11	65
Capítulo 12	73
Capítulo 13	79
Capítulo 14	83
Capítulo 15	89
Capítulo 16	103

El Moco Vengador
de Guillermo H. Ortíz
se terminó de editar
en el mes de abril de 2020